

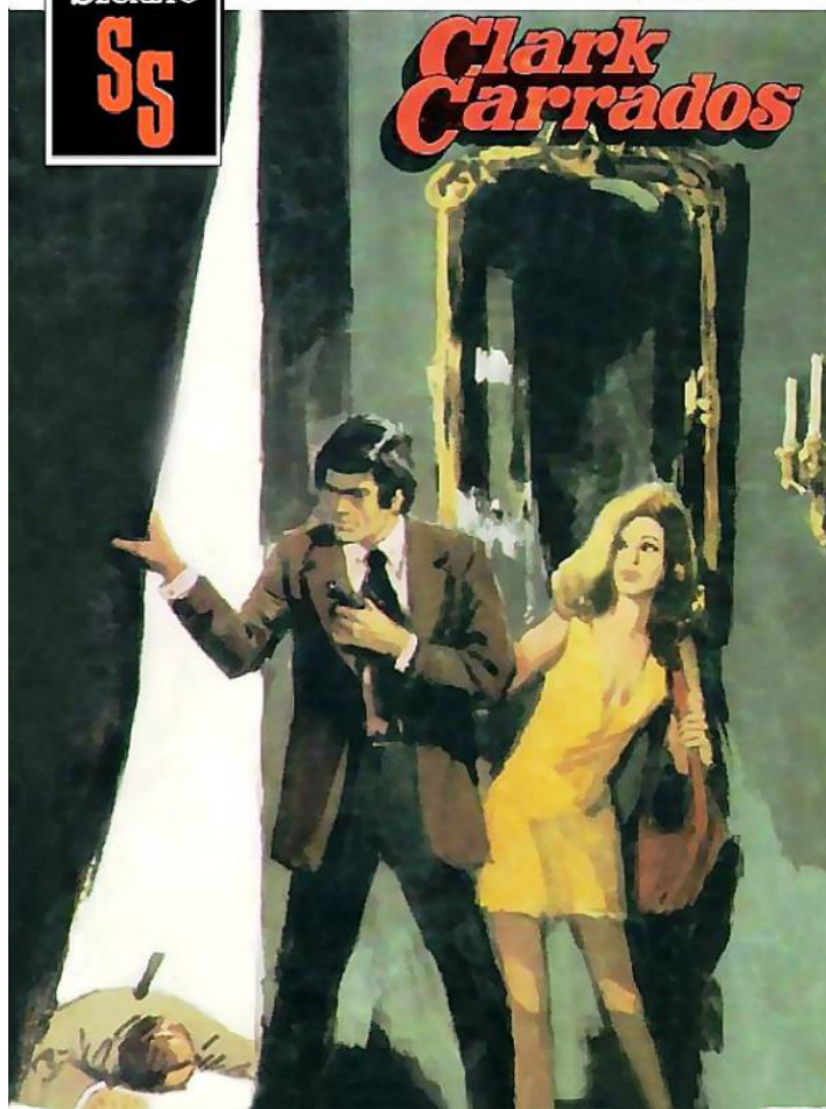
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

¿QUIEN ES
MI ASESINO?

*Clark
Carrados*





SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

¿QUIÉN ES MI ASESINO?

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.656

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.792 - Tumba para un hombre malo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.654 - Pájaros negros.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.658 - Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 - Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 - Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 - Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 - El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 - Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 - Contratados para morir.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66 - Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.041 - La bola de cristal color de sangre.

En Colección COLORADO:

1.069 - Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 10.646-1982
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1982
1.ª edición en América: noviembre, 1982

© Clark Carrados -1982
Texto

© Desilo -1982
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Frank E. Gulden fue hallado en su despacho privado, muerto, con un balazo en el cráneo. Cuando el mayordomo lo encontró, estaba caído sobre la mesa y todavía con los dedos de la mano derecha la pluma con que escribía en el momento de su muerte.

Dado que la bala le había entrado por la nuca, la policía descartó inmediatamente la hipótesis del suicidio. Pero, además, la carta que escribía en el momento de morir, fue la base principal para confirmar la teoría del crimen premeditado.

Gulden era un importante hombre de negocios y su asesinato causó un enorme estruendo. Sobre todo, cuando un periodista avisado consiguió fotografiar la carta que Gulden escribía en aquellos terribles instantes y que jamás podría concluir.

La carta incompleta decía:

«Hay seis personas que desean mi muerte: Nita Calloway, Estelle Vinceton, Mark W. Ruppelt, Gene Larkin, Farrington S. Holmes y Buster Bay. Todas estas personas tienen motivos más que suficientes para matarme, debo reconocerlo objetivamente. En tiempos, les causé mucho daño y, aunque intenté repararlo, todos ellos se negaron a mis propósitos. Es terrible vivir con la angustia de que hay una persona que quiere darte muerte y no saber cuál de ellas te atacará en el momento menos esperado. A cada instante me pregunto: ¿Quién es mi asesino...?».

La carta se interrumpía en este punto y la policía supuso que era en este preciso instante cuando el asesino hizo el disparo fatal.

El teniente Dempsey, de Homicidios, se encargó de la investigación. Lógicamente, interrogó a todas las personas

mencionadas en la carta, pero no pudo hallar el menor indicio de su culpabilidad. Dempsey se enfrentó a seis coartadas sólidamente trazadas y todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

El ruido que había hecho un crimen tan sensacional, fue apagándose poco a poco hasta que el silencio del olvido cayó sobre la muerte de Gulden y nadie llegó a saber quién había sido su asesino.

Taconeando vivamente, la muchacha salió del ascensor, recorrió unos cuantos metros del pasillo y llegó ante una puerta en la que se leían un nombre y una profesión: WILLIAM P. SHARKEY, DETECTIVE PRIVADO.

Theda Rinn abrió la puerta sin molestarse en llamar. Avanzó unos pasos más y vio a un hombre alto, vuelto de espaldas a ella, que parecía enfrascado en la lectura de unos papeles.

—Ya está bien de excusas —gritó Theda—. ¿Por qué no hablamos claro de una vez, señor Sharkey? ¿Por qué no me dice qué ha sido de los dos mil quinientos dólares que le pagué de anticipo, sin que, hasta el día de la fecha, haya vuelto a tener noticias tuyas? ¿Me ha tomado por una tonta? Si pensó que iba a engañarme, está muy equivocado...

El hombre se volvió. Theda apreció que le pasaba casi la cabeza, a pesar de que ella era de buena estatura. Él se veía joven, unos treinta años, de pelo oscuro, algo rizado y rostro agradable. Llevaba puestos unos lentes con cerco de gruesa concha y tenía todo el aspecto de un joven profesor universitario.

—¿Quién es usted, señorita? —preguntó el hombre.

—Theda Rinn, y he venido a conocer noticias sobre la investigación que le encomendé hace un par de meses. No me extraña que no me reconozca, puesto que, según debe recordar, hablamos por teléfono y yo le envié un cheque por correo. Pero en todo este tiempo, no he sabido nada de usted y he venido a recibir unas explicaciones satisfactorias. De lo contrario...

—Temo que se equivoca, señorita Rinn —dijo el joven, sonriendo ligeramente—. Yo no soy Sharkey.

Theda se desconcertó.

—Entonces, ¿qué diablos hace aquí?

—En primer lugar, debe saber que me llamo Bruce Hawkins y que también encomendé una investigación al señor Sharkey. Puede

decirse que nuestras circunstancias son muy parecidas. También yo carecía de noticias suyas y vine a recibir sus informes personalmente.

—No es... —Theda se mordió los labios—. Tendrá que dispensarme señor Hawkins; soy un poco viva de genio y me he ido de la lengua más de la cuenta.

Hawkins sonrió.

—No se preocupe. Usted se sentía furiosa y lo encuentro lógico. ¿A qué se ha desahogado un poco?

—Lo admito, pero me irrita que ese sinvergüenza no haya dado señales de vida. ¿No tiene usted idea de dónde puede encontrarse en estos momentos?

—Por supuesto que sí, señorita Rinn. Sé dónde está Sharkey.

—¡Espléndido! —gritó ella—. Entonces, podemos ir a verle juntos...

Hawkins hizo un gesto negativo.

—El señor Sharkey ya no podrá decimos lo que averiguó acerca de nuestros asuntos personales, si es que averiguó algo —dijo.

Bruscamente, se acercó al sillón que había al otro lado de la mesa, muy alto, de cuero negro y con soporte giratorio. Hawkins dio la vuelta al sillón y Theda vio a un hombre de mediana edad, sentado y con la cabeza doblada sobre el pecho.

Un segundo después, vio la mancha rojiza que había en la pechera de la camisa del hombre que estaba sentado en el sillón y lanzó un estridente chillido:

—¡Está muerto!

—Sí —confirmó Hawkins lacónicamente.

Theda sintió que se le doblaban las piernas y tuvo que sentarse en una silla. Compasivo, Hawkins fue al botellón de agua que había en un rincón, llenó un vaso y se lo llevó a la muchacha.

—Siento no poderle dar algo mejor —se disculpó—. Probablemente, hay *whisky* en alguna parte, pero no quiero tocar demasiadas cosas en este despacho.

Theda tomó unos sorbos de agua.

—¿Qui... quién lo mató? —preguntó con un hilo de voz.

Hawkins se encogió de hombros.

—Imposible saberlo. No he encontrado ningún rastro apreciable y, por otra parte, no soy detective —contestó—. Una cosa es segura:

no he hallado ningún papel en el que se mencione su nombre. Tampoco hay nada que se refiera a mí.

—Es decir, el asesino se llevó algunos documentos...

—Indudablemente. ¿Puedo preguntarle qué deseaba usted que le investigase Sharkey?

—¿Ha oído hablar de la muerte de Gulden?

—Sí, en efecto.

—Yo soy su hija adoptiva —declaró Theda—. Gulden me recogió cuando tenía nueve años, al quedarme huérfana. Era muy amigo de mis padres y no consintió en que yo me quedase en un orfanato. A los nueve años, lógicamente, no podía desconocer quiénes habían sido mis padres, pero, andando el tiempo, dijo que quería adoptarme, a fin de que un día pudiera disfrutar de su fortuna. Hizo los trámites necesarios y yo me convertí en su hija legal.

—Una adopción lleva consigo el cambio de apellidos y usted ha dicho que se llama Rinn.

—Legalmente, soy Gulden. Sin embargo, cuando me puse en contacto con Sharkey, di el nombre de Rinn, a fin de evitar... compromisos. Es mi apellido original, ¿comprende?

—Desde luego —contestó Hawkins—. Así que la hija adoptiva...

—Y heredera universal de todos los bienes de Gulden, según consta en el testamento, que se halla ahora en poder de su abogado. Se están realizando las operaciones de inventario y demás y, cuando todo haya terminado, entraré definitivamente en posesión de la herencia.

—De todas formas, usted pagó a Sharkey un anticipo de dos mil quinientos dólares. No es una fruslería —observó el joven.

—Mi padre adoptivo me entregaba semestralmente una cantidad para mis gastos. Nunca he sido una derrochadora.

—Comprendo. De modo que contrató a Sharkey...

—La policía no hace nada —dijo Theda, furiosa—. Gulden, mi padre adoptivo, murió asesinado. Podría tener muchos defectos, pero él se portó maravillosamente conmigo, como lo habría hecho mi padre auténtico. Aunque tuviese enemigos, jamás causó daño físico a nadie. Es más, sé que intentó reparar el mal que pudo haber causado a otras personas, pero no lo consiguió, aunque ignoro los motivos. Realmente, yo no estaba al corriente de sus negocios. Él nunca me decía gran cosa y yo comprendía que era un tema que no

debía tratar, por discreción.

—Lo encuentro muy natural —convino Hawkins—. Pero me parece que si quiere encontrar al asesino de su padre adoptivo, tendrá que buscar otro detective.

Theda se puso bruscamente en pie.

—Y usted, ¿qué hacía aquí? —exclamó.

—Ya le he dicho que también había encargado una investigación a Sharkey. Perdí el tiempo, como usted... y también algo de dinero, aunque no tanto.

—Ha estado sonsacándome...

—Perdón, yo le hice una pregunta y usted me dio una respuesta bastante extensa. A decir verdad, la he escuchado por cortesía, pero no se vaya a creer que su asunto me importa demasiado. Perdone la franqueza, pero es así, señorita Rinn.

Theda suspiró.

—Creo que necesitaba desahogarse un poco —admitió—. Bien, ¿qué hacemos ahora?

Hawkins meneó la cabeza. Luego se quitó los lentes y los guardó en el bolsillo superior de su chaqueta.

—Temo que habré de hacer yo mismo las cosas que encargué a este pobre hombre, es decir, buscar informes sobre las personas que me interesan... por ciertos motivos. Antes, naturalmente, tendremos que avisar a la policía.

—Nos harán muchas preguntas.

—Contestaremos lo que sepamos.

Theda fijó la vista un instante en el muerto y se estremeció. Luego miró a su interior. Era un hombre realmente guapo, se dijo para sí, y sin las gafas, aún resultaba mucho más atractivo.

Hawkins sonrió. Theda era una muchacha alta, espigada, de silueta realmente atractiva, cabello leonado y ojos muy azules. Aunque vestía con sencillez, no podía dejar de percibir un toque de distinción inimitable en su indumentaria y en el menor de sus ademanes. Pero ello no significaba que fuese una mujer débil, sino todo lo contrario: resuelta y muy avispada.

—¿Y después? —preguntó ella, pasados unos instantes de silencio.

—Puede que lo tome como un gesto irrespetuoso hacia el muerto, pero los vivos hemos de pensar en nosotros. ¿Qué le parece

si cenamos juntos, después de que hayamos contestado a las preguntas de los policías?

—Muy bien, no tengo inconveniente —aceptó Theda.

CAPÍTULO II

Llamó a la puerta y esperó unos segundos. Al cabo de un rato, se abrió y una mujer apareció en el umbral.

—¿Qué desea?

Hawkins contempló unos instantes a la mujer, de unos treinta y cinco años, muy rubia, estridentemente maquillada y con una bata con cuello de plumas. La pierna izquierda, enfundada en una media de color fuerte, asomaba por la abertura de la bata. En la mano izquierda sostenía una boquilla con un cigarrillo humeante.

—Me llamo Hawkins —manifestó el joven—. Deseo hacerle unas preguntas sobre sus relaciones con el difunto señor Gulden.

Ella se dispuso a cerrar la puerta. Hawkins adelantó el pie.

—Señora Calloway, es inútil que se niegue —dijo pacientemente—. Si insiste, de todas formas, la policía podría recibir un «chivatazo» sobre sus actividades como intermediaria en la compra venta de joyas de procedencia más que dudosa.

Nita Calloway respingó.

—¿Quién le ha dicho...?

—Lo sé, y basta —respondió él sin alterarse—. Y ahora, ¿hablamos o prefiere que llame al sargento Steiner, que se ocupa de esta clase de asuntos?

Nita se apartó a un lado.

—Entre —invitó secamente.

—Gracias.

La casa era grande, bien decorada. El vestíbulo tenía una extraña construcción, relativamente pequeño, pero con una escalera de barandilla de hierro forjado, que daba acceso al gran salón, situado a metro y medio del suelo. En uno de los rincones había una enorme chimenea de hierro. Dos divanes, de impresionantes dimensiones, eran piezas importantes de la decoración, junto con una larga barra en la que se veían toda clase de bebidas.

Nita ascendió las escaleras y se dirigió al bar directamente.

—¿Qué quiere tomar? —preguntó con sequedad.

—Nada, gracias.

—Entonces, habla ya.

—Muy bien. ¿Sabe que Gulden la citó en la famosa carta que no pudo concluir?

Nita lanzó una amarga risotada.

—La policía me mareó a preguntas. Creí que no podría sobrevivir. Pero, por fortuna, tenía una coartada inatacable.

—Gulden murió a eso de las once de la noche. Usted estaba en el Motel de Las Siete Estrellas, en las habitaciones privadas del dueño. El encargado de recepción confirmó su llegada a las ocho y media de la tarde.

—Suficiente, ¿no?

—Resulta que el dueño es amigo suyo y, hasta, en ocasiones, cómplice en el asunto de las joyas robadas. ¿Qué diría la policía si conociese ese dato tan importante? Sospecharía de la coartada, ¿verdad?

El rostro de Nita perdió todo su color.

—¿Cómo lo sabe? —chilló.

—Lo sé y es suficiente. ¿Dónde estuvo usted, «realmente», aquella noche?

Nita apuró su copa de un trago.

—Tuve que pasar la noche con un tipo —dijo—. No me quedó otro remedio, porque amenazó con denunciarme a la policía.

—¿Qué hizo para obligarla?

—Era el dueño de unas joyas robadas, por cuya recuperación tuvo que pagar veinticinco mil dólares. Meterme con él en la cama fue el precio de su silencio.

—Bueno, podía haber citado al dueño del motel...

—El otro me advirtió que cerrase el pico, porque no quena que se enterase su mujer. Si lo declaraba, él levantaría la tapa del pastel de las joyas.

—Comprendo. Su inocencia parece fuera de toda duda, pero, dígame, ¿qué le hizo Gulden para que considerara que usted podría querer asesinarlo algún día?

Nita remoloneó un poco. Luego dijo:

—Hubo un tiempo en que estuve casada y era feliz. Mi marido

trabajaba para Gulden. Un día cogió una suma, no muy elevada... Estábamos en apuros, necesitábamos aquel dinero desesperadamente. Pero mi esposo no supo hacerlo bien y Gulden lo descubrió muy pronto. Podía haberle dado una oportunidad; mi marido había sido siempre un hombre decente... y él lo envió a la cárcel. Allí murió, de una puñalada, en una reyerta en la que no tomaba parte...

Nita se interrumpió un poco, visiblemente alterada.

—Tengo treinta y seis años. Hace quince, era una muchacha llena de optimismo y de fe en el porvenir. Gulden, con su intolerancia, nos destruyó a los dos. Cuando mi esposo murió, yo dije que no quería deberle nada y ahorré lo suficiente, para ir un día a tirarle a la cara el dinero que le había faltado. ¿Sabe cómo gané ese dinero?

—No me lo explique, Nita —rogó Hawkins.

—Cientos de hombres me poseyeron, para que yo pudiera reunir aquella suma. Entonces le dije que ya no le debía nada, pero que él era ahora mi deudor: me debía la vida de mi esposo y un día me la pagaría. Eso es todo.

—Lo siento —murmuró el joven—. Pero luego, se ha dedicado a negocios nada honestos...

Ella se encogió de hombros.

—Denúncieme a la policía, si quiere —contestó—. Cuando me eché a la calle, empecé a aprender muchas cosas. Es una vida en la que se adquiere una enorme experiencia. Pero no iba a continuar siempre en el mismo oficio y empecé a traficar con joyas...

Nita le miró críticamente.

—Ahora, voy con el que me gusta... Usted es muy guapo, señor Hawkins. ¿No se lo han dicho más de una vez?

El joven se levantó y emprendió una presurosa retirada.

—Me lo dicen muchas y yo también, todos los días, cuando me afeito, frente al espejo, pero ahora tengo mucho trabajo. Adiós, señora Calloway; muchas gracias por su amabilidad y perdone la molestia.

Cuando salió a la calle, se preguntó si Nita le había dicho la verdad o todo era un melodrama que se había inventado para convencerle de su inocencia.

Investigaría en los archivos de Gulden, se propuso.

Theda entró en el despacho y se detuvo al ver a dos hombres, en lugar de uno, como había esperado. Charles Jenkinson, abogado del difunto Gulden, dirigió a la muchacha una afectuosa sonrisa.

—Entra, entra, Theda —dijo—. Permite que te presente a un buen amigo, el señor Upsall. Goro, ella es Theda, la hija adoptiva del pobre Gulden.

Upsall tendió la mano a la joven.

—Permítame que le exprese mis condolencias, aunque sea después de tanto tiempo, señorita —dijo—. Traté muy poco a Frank Gulden, pero, a pesar de todo, sentía mucho aprecio por él y lamenté enormemente su muerte.

—Gracias, señor Upsall, es usted muy amable —contestó Theda.

Upsall se volvió hacia el abogado.

—Bueno, Charles, no dejes de tomar en consideración mi propuesta. Llámame en cuanto hayas decidido algo.

—Descuida, Goro. Haré todo lo que esté en mi poder para complacerte.

—Gracias. —Upsall tomó la mano de la muchacha y la oprimió afectuosamente—. No sabe cuánto celebro haberla conocido, señorita —añadió.

El visitante se marchó. Jenkinson se levantó y fue hacia la cafetera.

—¿Te apetece un poco de café, querida?

—Sí, gracias. Bien, ¿qué noticias me da usted sobre el asunto, señor Jenkinson?

—Por ahora, no demasiado optimistas. Hay puntos que aclarar, sobre temas demasiado enrevesados. De todas formas, si necesitas dinero...

—No, gracias. Lo único que quiero es disponer definitivamente de la herencia. Hay cosas en la residencia que no me gustan y desearía cambiar un poco la decoración.

—Oh, si es por eso, puedes empezar cuando gustes. Nadie te formulará la menor objeción. ¡Eh, se te va a enfriar el café, muchacha!

Theda se acercó a la mesita situada junto a la ventana. Desde allí podía ver la calle. Upsall salía en aquel momento y se encaminó hacia un coche enorme, negro, cuyo conductor, rigurosamente uniformado, le abrió la portezuela con ademanes llenos de respeto.

Al mismo tiempo, dos hombres robustos avanzaron hacia el automóvil desde distintos lugares y penetraron después de Upsall, situándose uno a su lado y el otro junto al conductor.

—¿Tiene Upsall guardaespaldas? —preguntó Theda.

—Oh, sí, es un hombre muy importante... Hace tiempo le amenazaron de muerte... Sospecha que fue un antiguo conocido, despedido por un negocio frustrado, pero es un hombre prevenido y no quiere correr riesgos.

—Hace bien —dijo la muchacha—. Señor Jenkinson, ¿qué me dice de la cuenta del Defoe Vickersley Exchange?

—Lo siento, muchacha. Ésa es una cuenta en la que yo no tengo ninguna intervención. Ni siquiera sé cuál es su estado y no puedo actuar como albacea de tu difunto padre, porque está excluida en las cláusulas del testamento.

—Pero alguien tiene que saber datos sobre esa cuenta, supongo.

—Oh, sí, desde luego, la única persona que, legalmente, tiene acceso a ella. Te daré su nombre y dirección y tú tendrás que entenderte con esa persona. Ahora bien, si tienes alguna duda, ven a consultarme de inmediato y te asesoraré con mucho gusto, a fin de evitar que te hagan trampas.

—De acuerdo. ¿Quién es esa persona?

—Se llama Bruce Hawkins y vive en...

Theda se quedó estupefacta.

—¿Ha dicho... Hawkins, señor Jenkinson?

—Sí —confirmó el abogado—. ¿Lo conoces?

Sin saber por qué, Theda decidió que debía mostrarse un tanto reservada en aquel tema, por lo menos, en aquellos instantes.

—No, sólo me suena —contestó—. Deme su dirección, por favor.

—Claro.

Minutos más tarde, Theda salía del despacho del abogado, dispuesta a averiguar las relaciones que habían existido entre Bruce Hawkins y su difunto padre adoptivo. Pero, sobre todo, le interesaba saber por qué Hawkins podía disponer de una cuenta corriente, cuyo último saldo rebasaba ampliamente el millón de dólares.

El hombre le miró hoscamente después de haber abierto la puerta. Hawkins procuró sonreír.

—¿Señor Larkin?

—Sí. ¿Qué desea?

—Me llamo Hawkins. ¿Puedo hablar con usted unos minutos?
Larkin consultó su reloj de pulsera.

—Dos minutos —concedió, sin suavizar su tono—. Tengo mucha prisa.

—Muy bien. Si no quedo conforme hoy, volveré otro día.

—¿Quedar conforme... en qué? —se extrañó Larkin.

—En las respuestas que de a mis preguntas —dijo el joven, sonriendo suavemente.

—Todavía no ha empezado...

—¿Por qué podía tener motivos usted para matar a Gulden?
Larkin se sobresaltó.

—¿Es usted policía? —inquirió.

—No.

—¿Detective privado?

—Bueno... más o menos.

—No tengo ninguna obligación de contestarle. Pero debe saber que la policía me interrogó y que pude probar mi coartada.

—Es cierto. La noche del crimen fue a cenar con unos amigos. Estuvo con ellos desde las seis y media de la tarde hasta casi el amanecer siguiente. Después de la cena, hubo una partida de póquer. Usted perdió casi treinta mil dólares.

—¿Quién demonios se lo ha dicho? —gritó Larkin.

El joven volvió a sonreír.

—Después de la cena, y cuando ya llevaban una hora jugando, usted se ausentó de la casa a la que había sido invitado. Estuvo fuera cosa de treinta minutos. Desde esa casa, a la de Gulden, hay, escasamente, cinco minutos a pie. Por tanto, sus amigos le salvaron de un grave peligro al declarar falsamente que no les había abandonado en absoluto. ¿Fue por dicha razón por lo que «perdió» treinta mil dólares?

—¿Insinúa usted que compré a mis amigos para que no dijeran que había estado ausente de la partida durante media hora?

—No, no lo insinúo...

—Entonces, ya está todo hablado.

—Es usted el que ha admitido ese detalle —alegó Hawkins.

—Supongamos que sea cierto. En primer lugar, no me marché para asesinar a Gulden y, en segundo, no cambiaría mi declaración

oficial por nada del mundo y usted no podría acusarme de haber mentido, porque sería su palabra contra la mía. ¿Está claro?

—Clarísimo, pero es cierto —sonrió el joven—. ¿Qué hizo durante esos treinta minutos, señor Larkin?

—No le contestaré en absoluto, de modo que pierda el tiempo —dijo Larkin con acento hostil.

—Muy bien, ya lo averiguaré. Ahora dígame, y no creo que esto le cause más molestias, por qué le consideraba Gulden como enemigo, hasta el punto de pensar en usted como un posible asesino suyo.

—Tenía motivos para ello. No lloré su muerte, créame.

—Algún motivo le daría, ¿no?

—Hubo una época en que yo me encontraba en una mala situación económica. Le pedí un préstamo, ofreciéndole, incluso, unos intereses muy superiores a lo normal, porque sabía que si disponía de cierta cantidad en un momento determinado, solucionaría mis apuros. No ganaría apenas, pero quedaría nivelado y podría continuar adelante con mis negocios.

—Y no le prestó el dinero.

—Sí, pero puso otra condición.

—¿Cuál, por favor?

—Mi esposa.

Hawkins se quedó con la boca abierta.

—Su... mujer...

Larkin movió la cabeza vigorosamente.

—Me negué al trato, pero mi esposa se enteró, porque se lo dijo él por teléfono. Entonces, mi esposa fue a conseguir el préstamo y tuvo que estar pagándolo durante dos semanas. Luego ya no quiso volver a casa. No sé dónde está, no la he vuelto a ver jamás.

—¿No se lo preguntó a Gulden?

—Me contestó que lo ignoraba. Tuvimos una discusión violentísima, pero él era más fuerte que yo y me echó a patadas de su casa, así, literalmente como suena. Entonces, juré que un día me tomaría el desquite... pero fue otro el que tuvo que hacerlo. —Larkin volvió a mirar el reloj—. Ha pasado con exceso el plazo que le concedí —agregó, a la vez que se encaminaba hacia la puerta.

Salieron juntos de la casa. Hawkins reflexionó sobre lo que acababa de oír a su interlocutor. Le había parecido sincero, aunque,

sin duda, aún ocultaba algunas cosas que un día, esperaba, acabaría por saber.

Casi juntos, cruzaron el breve jardín que había ante la casa y salieron a la acera. Había allí un automóvil negro, con el motor en marcha, pero Hawkins se dio cuenta demasiado tarde.

Bruscamente, sonaron tres o cuatro disparos. El coche negro arrancó con un potente rugido del motor, mientras Larkin se desplomaba al suelo. Hawkins corrió en su ayuda, pero muy pronto se dio cuenta de que ya no podía hacer nada por el desdichado.

CAPÍTULO III

Cuando sonó el timbre de la puerta, Hawkins se ajustó maquinalmente el cinturón de su batín. Luego cruzó el elegante salón, abrió y contempló a la joven que estaba en el umbral.

—¿Puedo pasar? —preguntó Theda.

—No faltaría más —sonrió él.

Theda entró y miró con curiosidad a su alrededor.

—Vive usted bien —dijo.

—Me gustan las comodidades. ¿Quiere que le prepare algo de beber?

—Si tiene café...

—Estará dentro de cinco minutos. Mientras, siéntese y relaje sus nervios. Está muy excitada y ha venido aquí con la intención de ponerme verde.

—Quiero decirle unas cuantas cosas, en efecto, y me parece que no le va a resultar agradable oírme.

—Oír su voz, aunque suene enojada, es como escuchar a una orquesta sinfónica, interpretando la Quinta de Beethoven —sonrió Hawkins.

Theda se sintió estupefacta. El joven se marchó y ella se quedó sola en el salón.

Era una pieza enorme. Uno de los lados aparecía sumido en la oscuridad. Vio unas superficies que brillaban y se acercó allí, descorriendo en parte unas cortinas que limitaban el espacio.

Encontró el interruptor y dio la luz. Entonces lanzó un grito de horror.

Había dos enormes cajones de cristal, uno de ellos cerrado por completo, y el otro lleno de agua. En el primero se movían perezosamente seis o siete gigantescas tarántulas, sobre un suelo artificial, con algunas plantas. En el otro nadaban media docena de peces de veinte o veinticinco centímetros de longitud, con unos

dientes terriblemente afilados.

Theda retrocedió a su pesar. ¿Qué gustos tan perversos tenía el dueño de la casa? se preguntó. Tarántulas, pirañas...

Sólo faltaban un par de cuervos un unos cuantos murciélagos, colgando cabeza abajo del techo.

Hawkins llegó a poco con una bandeja en las manos.

—¿Le gusta el «zoo»? —preguntó, mientras llenaba las tazas.

Ella se volvió rápidamente.

—¿Cómo puede tener en casa estos animales tan horribles? —exclamó.

—Oh, son muy cariñosos y acuden enseguida, cuando les doy la comida. Las arañas se alimentan más o menos una vez a la semana y me suministran ratoncillos, claro que muertos, para evitarles sufrimiento. En cuanto a las pirañas, no se lo querrá creer, pero todos los días me consumen un pollo. Naturalmente, a trocitos y en crudo.

Theda tomó unos sorbos de café.

—Nunca había visto a nadie con unos gustos tan... depravados —declaró—. La verdad, con su aspecto, parece imposible que tenga esas aficiones zoológicas.

—Pues ya ve... Otros tienen gatos, perros, canarios, loritos... A mí me gustan las tarántulas y las pirañas. ¿No se sienta?

Ella hizo un gesto con la mano.

—Corra las cortinas, así quitará de mi vista ese horrible espectáculo —dijo.

—Muy bien, nunca trato de imponer mis gustos a los demás. Cada cual tiene derecho a sus propios gustos y aficiones. ¿Cuáles son los suyos, respecto de los animales?

—Me gustan las panteras —contestó Theda belicosamente.

—¿Tiene alguna en su casa?

—La tendré a partir de mañana, por si se le ocurre ir a verme algún día.

Hawkins se echó a reír.

—No es usted sincera, señorita Rinn. Y si está aquí es por otro motivo. ¿Puedo saber cuál?

—Sí. ¿Qué hay de la cuenta del Defoe Vickersley Exchange?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Tengo derecho a ello —dijo la muchacha, alzando la barbilla.

—No, se equivoca. No tiene el menor derecho a un solo céntimo de esa cuenta.

—Era de mi padre y de usted. Por tanto, soy la heredera de la parte correspondiente a mi difunto padre.

—Insisto en que se equivoca. La cuenta no está mencionada en el testamento y, por tanto, no tiene usted ningún derecho sobre ella. Es cierto que el difunto señor Gulden podía disponer de dicho dinero, pero sólo en circunstancias muy especiales y siempre con mi aprobación.

—No sabía que mi padre y usted hubiesen tenido negocios en común —murmuró Theda, un tanto desilusionada.

—A decir verdad, no los tuvimos. Pensábamos llevar a cabo una operación y él debía tener un millón como respaldo bancario, para garantizar sus acciones. La operación, obvio es decirlo, no llegó a realizarse.

—¿Porqué?

—Lo impidió una bala del calibre 38.

Hubo un momento de silencio. Luego, Theda dijo:

—Entonces, por eso está investigando la muerte de mi padre.

—En efecto.

—¿Ha conseguido algo?

—Según se mire. Hasta el momento, sin embargo, conozco los motivos por los cuales dos de las personas mencionadas en su carta hubiesen podido asesinarlo.

—¿Quiénes son?

—Nita Calloway y Gene Larkin. Por cierto, a Larkin lo mataron esta misma tarde, a cuatro pasos de distancia del lugar en que yo me encontraba.

Theda abrió los ojos, horrorizada.

—¿Habla en serio?

—¿Es que no se ha enterado hasta ahora?

—No suelo escuchar la radio y sólo compro el periódico de la mañana. ¿Por qué lo han matado?

—Eso es lo que trata de averiguar la policía. Dejemos que lo haga.

—Me siento muy confundida... —Theda se pasó una mano por la frente—. ¿Ha dicho que esas dos personas tenían motivos para matar a mi padre?

—Si lo que me han dicho es cierto, y parecen sinceras, existían esos motivos, en efecto —contestó Hawkins.

Theda pareció sentirse muy impresionada por la respuesta. Tras un ligero titubeo, dijo:

—¿Puede explicarme qué le dijeron?

—Con mucho gusto.

Hawkins terminó de hablar y se produjo un hondo silencio. Al cabo de unos momentos, Theda se levantó. Estaba pálida, pero se esforzó por sonreír.

—La verdad es que ignoro muchas cosas de mi padre —confesó—. Nunca mencionó sus negocios delante de mí, ni a mí me pareció discreto preguntarle por lo que hacía. Aunque, desde luego, sí pude apreciar su energía y su tenacidad.

—Algunos lo llamarían dureza de carácter —apuntó Hawkins.

—Si no se es enérgico, no se triunfa en los negocios.

—Hay opiniones, pero no vamos a discutirlo ahora. ¿Puedo ayudarla en algo?

—¿Piensa seguir investigando?

—Me gustaría encontrar al asesino.

—¿Por qué? Sólo era un socio de mi padre y de una forma que podríamos llamar circunstancial.

—Lo admito, pero es que la muerte de Gulden me impidió redondear un magnífico negocio. Él lo hubiera llevado a cabo y, siendo sinceros, yo me habría llevado la mayor parte de los beneficios.

—¿Qué clase de negocio era?

—Perdone que calle, pero todavía tengo ciertas esperanzas y no siento deseos de divulgar detalles que podrían perjudicarme.

—¿No confía en mí?

—Es usted la hija de Gulden. Alguno podría sentir la tentación de interrogarla.

—Yo no tengo enemigos...

—Tiene los que tenía su padre, no lo olvide.

El semblante de la muchacha se oscureció.

—¿Quiere eso decir que podrían... asesinarme también?

—No, aunque sí podría verse envuelta en situaciones poco agradables. Tenga cuidado con quién habla, de qué habla y en el lugar donde se produce la conversación. En resumidas cuentas, no

se fíe de nadie.

—Ni de usted —sonrió Theda.

—Ni de mí —contestó él sin pestañear.

—Está bien. Gracias por haberme recibido.

—Ha sido un verdadero placer, señorita Rinn.

Theda se marchó. Hawkins se retrepó en el diván y encendió un cigarrillo. Estuvo pensativo unos minutos y, de pronto, oyó un ligero ruidito. Alguno de los feroces peces que nadaban en el acuario había chocado contra la pared de cristal.

—Malditos bichos —refunfuñó.

El hombre estaba sentado en un alto taburete y consumía una cerveza con aire abstraído. Tenía unos treinta y cinco años y era delgado y de rostro chupado y macilento. A su lado, había una rubia de senos opulentos, a punto de salirse en cualquier momento del escote de su blusa, pero el individuo no hacía el menor caso de los gestos con los que la rubia pretendía llamar su atención.

Otro hombre entró en el local y se sentó a la derecha del primero. Pidió un *whisky*, tomó un sorbo y luego, sin volver la cabeza, dijo:

—Quiero hablar contigo, Nick Mount.

El sujeto se agitó en el taburete.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Hawkins. Eso debe ser suficiente para ti.

—¿Policía?

—Si lo fuese, ya estarías camino de la Comisaría. ¿Cuánto te tocó de los treinta mil «pavos» que Larkin perdió la noche en que fue asesinado Gulden?

Mount se sobresaltó.

—¿Cómo lo sabe?

—Tu nombre figura en el informe de la policía. Declaraste que Larkin había estado todo el tiempo con vosotros. La broma le costó treinta mil dólares.

—Bueno, y qué... No hizo nada malo...

—¿Qué hizo, Nick?

—Eso no es cuenta suya...

—Sí lo es. ¿Te gustaría que viniese la policía a arrestarte, para preguntarte después por qué mentiste en el asunto de la coartada de Larkin?

—¿Sería capaz de denunciarme?

—Si no hablas, lo haré.

Mount se removió nuevamente en el asiento.

—Tengo que ir al lavabo —dijo de pronto.

—No te escapes. Acabará por encontrarte y entonces, hablaremos en un lugar solitario y te romperé todos los huesos uno a uno.

—Hace una hora que estoy bebiendo cerveza —dijo Mount malhumoradamente.

—Bueno, échala fuera y vuelve.

Mount se alejó en dirección al lavabo. Entonces, la rubia se acercó a Hawkins.

—¿Me invitas, buen mozo?

Hawkins sonrió.

—Pide lo que quieras —contestó.

—Gracias. —Ella agitó una mano y el barman le sirvió *whisky*—. Estoy sola —dijo incitantemente.

—Tengo trabajo —se disculpó el joven.

—Me parece que hoy no es mi día —se lamentó la rubia—. Mount me ha dicho que no, tú tampoco... ¿Eres amigo de Mount?

—Conocido, simplemente.

—No te fíes de él. Cada palabra suya es una mentira.

—Lo sabes por experiencia, sin duda.

—Desde luego. Si me he insinuado a él era porque no había otro mejor a mano. Pero en estos días anda muy preocupado. No hace más que mirar por encima del hombro.

—¿Qué le sucede? ¿Sabes algo?

—Tiene miedo, un miedo espantoso. Se le ve en la cara.

—Eres muy observadora... ¿cómo te llamas?

—Nancy... Nancy Coles. ¿Y tú?

—Bruce. ¿Por qué tiene miedo Mount?

—Se ha metido en un lío de los gordos y ahora está arrepentido. No me preguntes de qué se trata; sólo he oído rumores. Pero creo que se trata del reparto de cierta suma de dinero. Ha amenazado con irse de la lengua y le han ordenado cerrar el pico. Repito que ésos son los rumores que corren por ahí. En cuanto al origen del dinero, no sé más...

Mount salió en aquel momento de los lavabos. Con la cabeza

hizo un gesto, indicando al joven que le acompañase. Hawkins entendió que Mount quería continuar la conversación en un lugar más discreto.

Nancy, sin embargo, le había Resultado de gran utilidad, por lo que deslizó en su escote unos billetes. La rubia sonrió.

—Ven otro día... cuando lo desees...

Mount estaba ya en la calle. Llovía ligeramente y el suelo brillaba bajo las luces de los anuncios de neón y de los automóviles que circulaban con escasa intensidad.

Hawkins se ajustó el cinturón de su impermeable. Mount se acercaba a la acera, en donde tenía su coche aparcado.

Inesperadamente, alguien empezó a disparar desde el interior del automóvil. Mount chilló, mientras retrocedía en violentos espasmos, causados por los impactos. Luego empezó a girar sobre sí mismo y acabó por desplomarse sobre la acera mojada. Su propio coche arrancó y se perdió de vista en la próxima esquina.

La lluvia arreció y empezó a lavar la sangre que fluía de las heridas de Mount. Hawkins lo miró tristemente.

—Otra boca sellada —murmuró.

CAPÍTULO IV

Nancy Coles contempló estupefacta los billetes que Hawkins le había puesto en la mano. Los contempló unos momentos y luego alzó los ojos hacia el joven.

—¿Para qué me das este dinero? —preguntó.

—Lo primero que tengo que hacer es darte las gracias por haber venido —dijo Hawkins—. ¿Qué tal has pasado la noche?

—Figúrate —contestó ella—. No he podido pegar ojo...

—Me lo imagino. Ah, además, gracias también por lo que dijiste a la policía.

—Me imaginé que no te convenía que supieran que habías estado hablando con Nick.

—Sí, fue una buena idea.

Hawkins puso *whisky* en dos copas y ofreció una a Nancy. Ella se había vestido con cierta discreción, pero tenía el rostro muy pintado y la falda estaba abierta por el lado izquierdo hasta la cintura. No podía negar su profesión.

—Les dijiste que habíamos estado charlando del tiempo y cosas así —sonrió Hawkins—. Bien, te debo ese favor, pero necesito que me hagas otro.

—Y por eso me pagas...

Nancy contó los billetes. Luego silbó.

—Mil «pavos» —dijo.

—Si consigues lo que deseo, te ganarás cuatro mil más. Pero tienes que ser discreta y abrir mucho los ojos y los oídos.

—Ver, oír y callar, ¿eh?

—Justamente.

Hawkins sacó un papel y se lo entregó a Nancy.

—Aquí tienes cuatro nombres. Todos ellos eran conocidos de Nick. ¿Recuerdas el asesinato de Gulden?

—Hizo mucho ruido —recordó la rubia.

—La noche en que murió, un tal Larkin estaba jugando una partida de cartas con Nick y cuatro más. Alrededor de las once de la noche, se ausentó y estuvo fuera media hora. Lo asesinaron antes de que me dijera qué había hecho durante ese tiempo. Nick y sus amigos lo sabían, estoy seguro de ello.

—Comprendo. Debo conseguir que alguno de ellos suelte la lengua.

—Exactamente. Nancy, no te voy a negar que entras en un juego muy peligroso. Por eso, a la primera señal de peligro que notes, abandónalo todo y escóndete donde sea. Luego me llamas y acudiré a echarle una mano, ¿entiendes?

Nancy se echó a reír.

—Más me gustaría que me pusieras las dos encima —contestó desenvueltamente.

—Otro rato, sin prisas —sonrió él—. ¿Conoces a alguno de los que se mencionan en esa lista?

Nancy bajó la vista hacia el papel, lo estudió unos momentos y luego asintió.

—Conozco a Raddo Beck. No tiene buena fama...

—Empieza por él. No dejes nunca ver tus cartas.

—De acuerdo.

—Y llámame en cuanto sepas algo.

—Descuida.

Nancy lanzó una mirada a su alrededor.

—Esto sí que es una casa —suspiró.

—Celebro que te guste —dijo Hawkins.

En aquel instante, se oyó un fuerte trueno. Los cristales de las ventanas trepidaron ligeramente. Luego se oyó el ruido de la lluvia al chocar contra los vidrios.

—Va a caer una buena —vaticinó la rubia, a la vez que se ajustaba el impermeable.

Hawkins le entregó algo.

—Toma, las llaves de mi coche. Está en el garaje subterráneo; es un Ford de este año, color plateado. Cuando mejore el tiempo, lo devuelves y dejas la llave en la conserjería.

—Está bien.

Nancy se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, Hawkins le hizo una pregunta:

—¿Qué tal andas de memoria?

—No puedo quejarme —contestó ella, sorprendida—. ¿Por qué lo dices?

—Apréndete esos cuatro nombres y luego quema la nota.

—Puedo guardarla en mi apartamento...

—En tal caso, escóndela muy bien, donde nadie pueda encontrarla.

—Sí, Bruce.

Nancy se volvió, abrió la puerta e, inmediatamente, echó la cabeza hacia atrás, a fin de evitar que una mano cerrada la golpease en pleno rostro.

—¡Eh, oiga, un poco más de cuidado! —protestó Nancy.

Theda se quedó cortada al verse frente a una mujer que le resultaba completamente desconocida.

—Perdone, iba a llamar...

Nancy se volvió hacia el joven, le miró maliciosamente y luego echó a andar.

—Diviértete, Bruce —se despidió.

La puerta se cerró. Theda miró malhumoradamente al joven.

—¿Quién es? —preguntó.

—Una buena amiga —contestó Hawkins.

—Parece una... furcia...

—Lo es.

Theda respingó.

—¿Tiene amistades de esa clase?

—¿Por qué no? Como dijo aquél, amigos hasta en el infierno. Pobre del que no tiene un solo amigo. Y, por otra parte, la vida privada de Nancy no es asunto mío.

—Ya, ya... —dijo ella con sorna—. Ha estado aquí y usted, hombre libertino y depravado...

—¡No diga tonterías! —cortó Hawkins bruscamente—. No tiene la menor idea de lo que estoy haciendo y no le concedo en absoluto el derecho a criticar mis acciones, máxime cuando es muy posible que redunden en beneficio suyo. No ha habido nada entre esa mujer y yo, aunque debería alegrarse de que hubiera sucedido, porque podría pensar que no me gustan las mujeres, cosa que es totalmente incierta. Estaba aquí, porque va tratar de tirar de la lengua a unos tipos que estaban con Larkin la noche en que fue asesinado su padre

adoptivo. ¿Lo comprende ahora?

Theda se quedó con la boca abierta, ante la insólita reacción del joven. Hawkins, por su parte, se dio cuenta de que su malhumor resultaba excesivo y trató de disculparse.

—Perdóneme, estoy un poco nervioso... ¿Quiere que le prepare algo de café?

Theda le miró con simpatía.

—¿Está en apuros? —preguntó.

—Personalmente, no, pero por dos veces he visto asesinar a un hombre delante de mis narices. Comprenderá que mi estado de ánimo no es precisamente muy optimista.

—Lo siento de veras —dijo la muchacha—. ¿Quién es la segunda víctima?

—Nick Mount. Era uno de los que jugaban con Larkin aquella noche. Larkin se ausentó durante media hora de la partida de juego, aunque todos declararon que no se había movido para nada de la casa en que se hallaban. Pero desde esa casa a la de usted, hay escasamente cinco minutos.

—Un tiempo más que suficiente para cometer el crimen.

—En efecto. Larkin pagó a cuatro tipos, entre ellos Mount, treinta mil dólares, para que no dijeran que se había ausentado durante esa media hora. Parece ser que a Mount no le fue demasiado bien en el reparto. Quiso protestar, seguramente amenazó con irse de la lengua, y por eso le pegaron cuatro tiros.

—Las cosas se van aclarando ahora —sonrió Theda—. Pero ha mencionado el café...

—Dispense, ahora mismo iré a prepararlo.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

Hawkins fue a abrir. Theda divisó a un hombre de mediana edad, con una bufanda al cuello y un abrigo lleno de manchas, que llevaba en la mano derecha una especie de pinzas de casi un metro de longitud y en la izquierda una caja de metal, con asas. Hawkins y el individuo hablaron unos instantes y luego se dirigieron al rincón donde estaban las tarántulas y las pirañas.

Transcurrieron unos minutos. Luego, el visitante se marchó. Hawkins cerró la puerta y respiró aliviado.

—¡Uf, al fin se han llevado esas malditas arañas! —sonrió alegremente y añadió—: Ya es hora de hacer el café. ¿Por qué no

viene conmigo a la cocina, Theda?

Hawkins puso las tazas sobre la mesa y las llenó de café. Luego miró a la muchacha.

—La casa no es mía —explicó—. Pertenece a un antiguo amigo, de costumbres más bien estrambóticas, que se encuentra ahora ausente del país. Cuando le alquilé la casa, fue con la condición de cuidar sus bichitos, pero ayer me llamó y me dijo que su viaje durará un año por lo menos. Yo le dije que sus tarántulas habían muerto a consecuencia de una epidemia. Él me contestó que ya se compraría otras a su vuelta.

—Y así se siente usted mucho más tranquilo.

—Ayer se escapó una, pero pude verla a tiempo —contestó Hawkins—. Pasé un mal rato, créame. Entonces fue cuando busqué a ese hombre. Tiene una tienda donde vende animales exóticos.

—¿Le venderá también las pirañas?

—Las pirañas no se escapan. Lo único que hay que hacer es no meter la mano en la pecera. Bueno, continuamos con el tema. ¿Le parece bien?

Theda movió la cabeza afirmativamente.

—¿Cree que Larkin pudo asesinar a mi padre? —preguntó.

—Tenía motivos para ello. Personalmente, no lo creo. Sin embargo, juzgo de gran importancia saber qué hizo durante esos treinta minutos.

—Y su colaboradora va a intentar averiguarlo.

—Espero que lo consiga.

—Bueno, usted ha conseguido ya muchos datos, al menos sobre dos de los posibles sospechosos —dijo Theda—. ¿Cómo ha averiguado tanto en tan poco tiempo?

—Verá, fui muy decidido a organizarle un buen escándalo a Sharkey, pero ya sabe que lo encontramos muerto. Aunque registré sus papeles, no hallé nada que se refiriese a mi encargo. Eso me extrañó, porque, al menos, debería tener un libro en el que anotase los nombres de los clientes, aparte de otros datos de interés. Pero no encontré nada.

—Se lo llevaría el asesino.

—Es lo más probable. Sin embargo, mis reproches a Sharkey estaban injustificados. Ese día, al volver a casa, me encontré con un grueso sobre, repleto de informes sobre los seis sospechosos.

Naturalmente, no podía decirme cuáles eran los motivos que cada uno podía tener para haber asesinado a su padre. Es algo muy personal, ¿comprende?

—Y así fue como supo lo que hizo Nita Calloway y supo también que Larkin se había ausentado treinta minutos de la partida de juego.

—Exacto.

—Eso significaría que uno de los jugadores se lo dijo a Sharkey.

—Sharkey conocía bien su oficio y, probablemente, sonsacó a Larkin, que parecía el eslabón más débil, precisamente por su resentimiento. En la carta me decía que convenía «presionar» a Larkin, con algo de dinero y me indicaba dónde podía encontrarlo.

—Por lo visto, hizo una buena labor. En cambio, yo no recibí ninguna carta de Sharkey.

—Quizá la escribió y no tuvo tiempo de enviarla.

—El asesino la encontró y se la llevó...

—Pudo suceder. De todas formas, no se preocupe. Me tiene a mí, para tratar de encontrar al asesino de su padre.

Theda estudió detenidamente el rostro de su interlocutor.

—Estoy viendo que tiene usted mucho interés en resolver el enigma —dijo.

—Lo admito. Mire, no sé si Gulden era o no un granuja. Al menos, se portó bien conmigo y, aunque no soy de los que enloquecen por el dinero de una forma obsesiva, tampoco lo rechazo de plano. ¡Caramba, estaba a punto de doblar, por lo menos, el capital inicial!

—¿Quiere decir... que pensaba ganar otro millón?

—Descontados gastos, honorarios de expertos, la parte correspondiente a su padre y eso sin contar con los «royalties» que debería percibir una vez con el negocio en marcha. Pero, en fin, hablaremos de este asunto en mejor ocasión, porque es un poco complicado. De momento, el negocio ha quedado en suspenso, aunque confió en hacerlo funcionar más adelante. Por ahora, tenemos cosas más importantes que hacer.

—¿Qué cosas, Bruce?

Hawkins consultó su reloj.

—Estoy citado con Ruppelt, uno de los sospechosos —contestó—. ¿Le gustaría acompañarme y luego ir a un sitio donde podamos

cenar juntos?

—Me encantaría —accedió la muchacha.

CAPÍTULO V

Envuelto en un fastuoso batín color púrpura, con adornos en negro y oro, y con un enorme habano en la mano izquierda, rebosante de sortijas y anillos, Mark W. Ruppelt recibió a los dos visitantes en su despacho particular. Era un hombre de unos cincuenta años, casi calvo, con vientre prominente y ojos que parecían trozos de acero pulido.

—No esperaba ver a la hija de Cuiden —manifestó, una vez estuvieron en el lujoso gabinete privado—. ¿Quieren tomar una copa?

—Gracias, pero sólo hemos venido a hablar con usted —manifestó Hawkins.

—Soy inocente —dijo Ruppelt.

—¿Cómo sabe que hemos venido a hablar del asesinato de Gulden?

—¿De qué otra casa podrían querer hablar conmigo? —rió el sujeto.

Se acercó a una consola y llenó una copa balón casi tan grande como su cabeza.

—Tenía una coartada y la policía investigó —agregó—. Estoy tan limpio como la nieve que hay en las cumbres de las montañas.

—Está tan sucio como el camión de la basura cuando ha recogido toda la del barrio —dijo Hawkins sin pestañear.

—¿Ha venido a dialogar conmigo o a insultarme, joven?

—He venido a que me diga la verdad, no a escuchar mentiras que no se creería un chiquillo.

—Ah, estima que lo de mi coartada es una mentira.

—Tanto como la blancura de la nieve que ha mencionado.

Ruppelt no se inmutó. Cruzó el despacho y se sentó en el sillón que había tras la mesa.

—A ver, explíquese —pidió.

—Usted declaró a la policía que había estado toda la noche en casa, lo cual fue corroborado por la servidumbre. Sin embargo, asistió a una reunión en un reservado del Phaeton's, reservado al cual se accede por la puerta trasera del local. Tengo, incluso, los nombres de los asistentes a esa reunión. ¿Acaso se decidió allí la muerte de Gulden? Más bien pienso que acudió al Phaeton's para conocer la noticia de que Gulden, al fin, había dejado de ser una amenaza para todos ustedes. ¿Me equivoco, señor Ruppelt?

El rostro del dueño de la casa parecía congestionado.

—¡No es cierto! —aulló descompuestamente.

—Grita demasiado para que se le crea —dijo el joven con toda calma—. Por favor, y aun admitiendo su inocencia, ¿qué motivos podía tener usted para asesinar a Gulden?

Ruppelt apuró de un trago el contenido de la copa. Luego dijo:

—Hace diez años, me obligó a que le comprase unas acciones. Tuve que hacerlo; era la forma legal de entregarle el dinero por un chantaje. Después, esas acciones cayeron en picado y su valor quedó reducido a la nada.

—¿Y tuvo que esperar tanto tiempo para vengarse? —se asombró Theda.

Ruppelt dijo algo entre dientes, evidentemente malhumorado. Hawkins extendió una mano.

—Posiblemente, no podía hacer nada durante ese tiempo. Se trataba de un delito, por el que podía ir a la cárcel. Luego, pasó el plazo y el delito prescribió legalmente. ¿Me equivoco?

—Así fue —admitió Ruppelt de mala gana.

—Pero, a pesar de todo... —dijo Theda.

—Algunos conservan el deseo de venganza toda la vida. Señor Ruppelt, cuando acudió a la cita en el Phaeton's, lo hizo para entrevistarse con sus socios en un negocio de construcción, en el que Gulden también tomaba parte. ¿No se discutió allí la forma de eliminar a Gulden de esa sociedad?

Los ojos de Ruppelt chispearon.

—No maté a Gulden, aunque, al conocer la noticia, descorchamos unas cuantas botellas de champaña —contestó—. Es más, si supiéramos quién es el asesino, pagaríamos todos los gastos de defensa. Y ahora, márchense, váyanse de mi casa...

Hawkins señaló a la muchacha.

—Ella es la heredera de Gulden. Les guste o no, es su asociada en el asunto de la construcción. Y les quedan dos caminos: Indemnizarla o continuar teniéndola como tal socio.

Ruppelt alargó la mano y tocó un timbre. Segundos después, se abrió la puerta y entró un gigantesco individuo, que medía más de dos metros de altura y pesaba ciento diez kilos, calculó Hawkins.

—Teddy, acompaña a los visitantes —ordenó Ruppelt.

—Sí, señor.

—Y, cuando vayan a salir, dale mis recuerdos al caballero.

—Bien, señor —contestó el gigante sin alterar el tono de su voz —. Por aquí, señorita, señor...

Hawkins y la muchacha abandonaron el despacho. El gigante les acompañó hasta la puerta, de madera oscura, con adornos de talla.

Theda salió primero. Hawkins cruzó el umbral a continuación, pero, en el mismo instante, sintió que le tocaban en el hombro.

—Perdone, señor, pero el señor Ruppelt me ha encargado que le dé recuerdos de su parte...

Hawkins no cometió el error de volverse. Al mismo tiempo que saltaba hacia adelante, agarró el pomo de la puerta y tiró hacia sí. Un segundo después se oyó un tremendo estrépito.

Enormemente asombrada, Theda se volvió y pudo ver el puño del gigante, asomando por el enorme agujero que había abierto en la madera de la puerta. La mano ensangrentada y, al otro lado, se oyó un rugido de dolor.

Teddy retiró el puño. Hawkins abrió la puerta. El gigante, con el rostro deformado por el dolor, tenía la mano bajo el sobaco.

Ruppelt, extrañado, asomó por la puerta de su despacho. Hawkins sonrió.

—Tendrá que curar a su criado de la manía de romper las puertas a puñetazos —dijo.

Ruppelt no contestó. Hawkins cerró de nuevo y agarró a la muchacha por un brazo.

—El ejercicio me ha abierto el apetito —dijo alegremente.

—Pero no has hecho ningún ejercicio...

—Sí, he dado un salto y ha valido tanto como una hora en el gimnasio.

Theda se echó a reír. De pronto, se puso a llover y tuvieron que correr hacia el automóvil estacionado a poca distancia.

Terminó de encargar el menú y devolvió la carta al *maître*, a la vez que se quitaba los lentes, para guardarlos en el bolsillo superior de la chaqueta.

—¿Necesitas gafas para leer? —dijo Theda.

—Infortunadamente, así es. He dedicado muchas horas al estudio y eso se ha reflejado en una visión defectuosa de los objetos cercanos.

—¿Qué estudiabas?

—Básicamente, ingeniería. Después, profundicé en mis investigaciones y...

Alguien se acercó en aquel momento a la mesa.

—¡Qué agradable sorpresa! —exclamó el hombre—. No me imaginaba encontrármela aquí, señorita Gulden.

Theda alzó los ojos. Hawkins estudió al recién llegado, que sonreía afablemente.

—Oh, señor Upsall... También yo celebro verle —dijo la muchacha—. Permítame que le presente... Bruce Hawkins, un buen amigo. Bruce, el señor Upsall. Lo conocí hace días en el despacho del abogado Jenkinson.

Upsall tendió la mano al joven.

—Es un placer —dijo—. Veo que se repone del dolor que le produjo una pérdida tan valiosa, señorita.

—Es preciso seguir viviendo —contestó Theda.

—Indudablemente. Bien, no quiero molestarles más... Celebro haberle conocido, señor Hawkins.

—He tenido tanto gusto, señor —respondió el joven.

Upsall se alejó. Dos hombres le seguían a poca distancia.

—Parecen guardaespaldas —observó Hawkins.

—Yo diría que lo son —repuso Theda.

—Un hombre que lleva guardaespaldas debe de ser un personaje de relieve —opinó Hawkins.

—Eso supongo yo también, Bruce.

—Dices que lo conociste en el bufete del abogado de tu padre.

—Así es. Parece que Upsall lo conocía también, aunque, desde luego, ignoro si tuvo relaciones de negocios con él.

—Podría ser. ¿Por qué no hablas con Jenkinson y, como al descuido, le preguntas quién es y qué hace Upsall?

—¿Crees que podría ser interesante?

—Cuando menos, no perderíamos nada, Theda.

—Está bien. Buscaré un pretexto para hablar con Jenkinson.

El camarero vino en aquel momento con el primer plato y se aplicaron a la tarea. Durante un buen rato, ninguno de los dos habló. Theda observó que el joven parecía concentrado en sí mismo.

—Estás pensando en algo importante —adivinó.

—Sí —concordó Hawkins—. Pensaba en Larkin y en Nick Mount.

—Aparte de los disparos, ¿encuentras algo extraño en esas dos muertes?

—Un asesino profesional, con una puntería diabólica. La policía no ha encontrado el menor rastro del sujeto. En ambos casos, disparó desde un automóvil que ya tenía el motor en marcha. Del primer coche, no se sabe nada. El segundo era el del propio Nick, pero no encontraron huellas, porque, seguramente, usó guantes. ¿No es motivo suficiente para pensar mucho en el asunto?

—¿Has obtenido alguna deducción?

—Si es un profesional, alguien le paga para que elimine estorbos —contestó Hawkins.

—Pero no se te ocurre ningún nombre.

—Desgraciadamente, no. Aunque debes pensar que nos quedan todavía tres sospechosos por visitar.

—¿Consiguió Sharkey informes sobre ellos?

—Sí. Mañana hablaremos con el siguiente.

—¿A quién has elegido, Bruce?

—Cualquiera de ellos, tanto da. Podemos reanudar la labor con Holman.

—Muy bien —aprobó Theda—. ¿A qué hora piensas visitarlo?

—Iré a buscarte a las diez de la mañana. ¿Alguna objeción?

—Ninguna, Bruce.

Un camarero llegó en aquel momento con un teléfono en la mano.

—¿Señor Hawkins?

—Sí, yo mismo.

—Le llaman, señor.

El camarero se inclinó, conectó el teléfono y se marchó. Theda miró intrigada al joven.

—¿Te esperaba alguien?

Hawkins hizo un gesto negativo. Luego levantó el auricular.

—¿Diga...?

—Bruce, soy Nancy. Ten cuidado. Quieren quitarte de en medio.

—¿Cómo dices?

—Ya lo sabes. He oído rumores, pero son muy vagos y no conozco más detalles. Abre bien los ojos.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

—Todavía no sé nada de lo que me pediste.

—No te preocupes. Haz lo que puedas.

—Sí, Bruce. Buena suerte.

La comunicación se cortó. Hawkins hizo una señal para que el camarero se llevase el teléfono. Theda supo dominar su impaciencia hasta que volvieron a quedarse solos, de nuevo.

—¿Pasa algo grave, Bruce?

—Alguien quiere quitarme de en medio —contestó Hawkins tranquilamente.

Ella se horrorizó.

—¿Quieres decir... que tratan de asesinarte?

—Eso mismo.

—Y... ¿no piensas hacer nada?

Hawkins sonrió, mientras llenaba de nuevo las copas de vino.

—Claro que no voy a quedarme con los brazos cruzados. ¿Puedo pedirte que desempeñes una pequeña comedia?

—¿Es un papel muy difícil?

—Lo hubiera sido, si se te hubiese ocurrido vestir pantalones, pero por fortuna llevas falda.

—Pues la verdad es que pensé en ponerme pantalones, pero, a última hora, no sé por qué, elegí este traje...

Theda llevaba puesta una chaqueta, con blusa blanca y falda de longitud corriente.

—¿Qué llevas debajo? —preguntó él—. Medias y portaligas, supongo.

—Bueno, sí... —contestó ella, un tanto sofocada—. Pero no voy a hacer una exhibición en público...

—Aquí, no, pero sí por la acera de este restaurante.

—¿Cómo, Bruce?

—Cuando termines lo que hay en el plato, irás al lavabo de señoras y te subirás la falda hasta diez centímetros de las rodillas.

Pide a la encargada unas tijeras y la abres por el costado izquierdo hasta casi la cintura. ¿Vas comprendiendo?

—Oye, si hago eso, pareceré una...

—Es precisamente el aspecto que debes tener cuando salgas del restaurante —contestó Hawkins—. Añadiendo, como es lógico, mucha más pintura al maquillaje de los ojos y de los labios. Encenderás también un cigarrillo y te pasearás por la acera, como si buscaras «clientes». ¿Lo vas comprendiendo?

—Bueno, pero ¿a quién tengo que «conquistar»?

—Está afuera, aguardando en un coche negro —contestó Hawkins.

CAPÍTULO VI

Terminó de cenar, pagó la cuenta y se encaminó hacia el lavabo de caballeros. Una vez en silencio, esperó a que se marchase un cliente que estaba lavándose las manos y, acto seguido, se acercó a una de las ventanas.

Daba a un patio exterior. Hawkins la abrió por completo, saltó y corrió en silencio hasta alcanzar el callejón que daba a la avenida.

Sigilosamente, llegó a la salida y se asomó. Allí estaba el coche negro, parado frente al restaurante. Sonrió al ver a Theda desempeñando su papel con toda naturalidad.

La muchacha iba y venía, con el bolso en la mano derecha, haciéndolo voltear de cuando en cuando. Pendiente de los labios, espesamente cargados de pintura, llevaba un cigarrillo humeante. Hawkins sonrió satisfecho.

Esperó unos segundos más. Theda dio otra vuelta. Ahora venía, con el costado izquierdo hacia la calle. La falda había quedado muy corta y, además, estaba abierta por aquel lado. Hawkins echó a correr, alcanzó el coche negro, abrió la portezuela derecha y se coló de un salto en el interior.

El hombre se volvió, sobresaltado. Hawkins agarró su brazo derecho y lo apretó contra su propio cuerpo.

—No te muevas —ordenó.

El individuo le miró malignamente.

—Hawkins —dijo.

—Sí. Me esperabas, ¿verdad?

No hubo respuesta. Hawkins acentuó la presión de sus dedos. En la cara del sujeto apareció un rictus de dolor.

—Puedo quebrarte los huesos, sin más que apretar a fondo —dijo el joven—. Vamos, contéstame.

—¿Por qué me lo pregunta, si ya lo sabe? —dijo el asesino de mala gana.

—Sí, pero desconozco otras cosas que tú me vas a contar, aquí y ahora mismo.

—¿Usted cree? —se burló el hombre.

Los dedos de Hawkins parecieron convertirse en unas pinzas de acero. La boca del asesino se abrió convulsivamente, aunque no emitió el menor sonido.

—Por el amor de Dios... deje de apretar... —jadeó.

—Asesinaste a Larkin y a Mount —acusó Hawkins.

—No podrán demostrarlo...

—Eso ya se verá. ¿Quién te lo ordenó?

—Alguien, por teléfono. Me conoce, yo no sé quién es. Recibí dinero, eso es todo.

—Alguien te lo entregaría, por supuesto.

—Me dejaron un sobre en el Phaeton's.

—Con tu nombre en el anverso, supongo. ¿Cuál es el nombre?

—Willis, Stu Willis.

—Alguien te entregó ese dinero en el Phaeton's. ¿Quién fue?

—Roddy, uno de los barmen.

—Perfectamente. Stu, ¿sabes lo que pienso hacer contigo?

—No. Dígamelo.

—Voy a llamar a la policía. Encontrarán la pistola con la que cometiste los dos asesinatos. Ahora, imagínate tu futuro.

Willis lanzó una terrible imprecación. De súbito, hizo un gesto, empleando todas sus fuerzas, para desasirse de la mano que le sujetaba por el brazo tan dolorosamente.

Estuvo a punto de conseguirlo, al sorprender a Hawkins. Pero el joven reaccionó y empujó de nuevo en sentido contrario, cuando ya la pistola de Willis había salido de la funda sobaquera.

El arma se disparó repentinamente. Hawkins, sorprendido, se dio cuenta de que apenas había hecho ruido. Entonces comprendió que Willis, para no organizar un escándalo en esta ocasión, había puesto un silenciador en la boca del arma.

El asesino sufrió una terrible convulsión. Luego se relajó.

Su mano cayó inerte encima de la pierna derecha. La cabeza se apoyó en el alto respaldo del asiento.

Hawkins comprendió que el sujeto había muerto instantáneamente. Respiró con fuerza un par de veces y luego, con toda discreción, abrió la portezuela y salió del coche.

Theda estaba a unos pasos más adelante. Hawkins subió a la acera y se acercó a ella sonriendo.

—¿Buscas compañía, muñeca?

Ella se quitó el cigarrillo de los labios y le arrojó a la cara una bocanada de humo.

—Siempre me han gustado las buenas «compañías» —contestó.

Una pareja pasaba en aquel momento junto a ellos. La mujer volvió la cara, disgustada.

—Esta ciudad está dominada por el vicio. No sé a dónde iremos a parar, en esta moderna Babilonia...

Hawkins agarró el brazo de la muchacha y la empujó hacia el automóvil en que habían llegado.

—Lo has hecho magníficamente —elogió.

—Ya he oído a esa mujer. ¡Se puso hecha una fiera! —rió Theda.

—Objetivamente, es preciso darle la razón. —Hawkins abrió la portezuela del coche, para que entrase la muchacha—. Y eso que no lo ha visto todo.

—¿Tenía que ver algo más?

Hawkins volvió la cabeza. La pareja se había perdido de vista.

—Lo leerán en los periódicos, por la mañana —contestó.

—No sé de qué se trata... ¿Has conseguido algo?

—Una pequeña pista. Pero puede que de resultado.

Hawkins dio el contacto y el coche se puso en movimiento.

—He hablado con el asesino —agregó.

Theda saltó en su asiento.

—¿Te esperaba de verdad?

—Con una hermosa pistola —contestó él.

—Y... no... no has llamado a la policía...

—No pude. Después de nuestra charla, forcejemos un poco. El arma se disparó. Ahora está muerto.

—Horrible —murmuró Theda, tratando de mantenerse serena.

—Sí, pero ahora alguien se va a encontrar con el problema de buscar un nuevo asesino profesional —dijo Hawkins tranquilamente—. Aunque, si me es posible, procuraré no darle tiempo para que lo consiga.

—¿Quién es ese hombre, Bruce?

—Naturalmente, desconozco su identidad, aunque presumo que debe de ser el mismo que asesinó a tu padre adoptivo.

El Phaeton's era un local de cierto lujo, pero la apariencia no podía ocultar las cosas que allí sucedían, ni tampoco se podía decir que su clientela estuviese compuesta por miembros de la alta sociedad. Pero, se dijo Hawkins, al menos se podía entrar allí sin necesidad de remangarse los pantalones.

Cuando se acercaba al mostrador, vio un rostro conocido.

—¡Nancy! —exclamó.

La rubia se sorprendió enormemente.

—¡Bruce! ¿Qué haces aquí?

—¿Y tú?

Ella movió la cabeza en dirección a un punto determinado.

—Estoy con Raddo. Creo que ya lo tengo en el bolsillo. Ahora ha ido al lavabo y luego nos iremos a mi apartamento.

—Ten cuidado. Sé discreta.

—No te preocupes.

—Oye, ando buscando a uno de los barmen. Se llama Roddy.

—Roddy Beck —exclamó ella.

—¿Qué?

—Son gemelos, aunque cada uno trabaja por su cuenta. Raddo y Roddy Beck. Ahora está en el mostrador, hacia el rincón. ¿Lo ves?

Hawkins tendió la mirada hacia aquel lugar.

—Sí —contestó—. Bueno, te dejo; no quiero que te vean conmigo.

—Suerte —le deseó ella.

El joven se encaminó hacia el mostrador. Roddy Beck era un sujeto de rostro lúgubre y ademanes lánguidos, pero que, sin embargo, se movía velozmente para satisfacer la sed de la clientela. Miró a Hawkins indiferentemente y el joven pidió *whisky*. Raddo se lo sirvió y se marchó para atender a otro bebedor.

Al cabo de unos minutos, Hawkins pidió nuevamente de beber. Roddy contempló el vaso del joven.

—Apenas lo ha tocado —dijo.

—No me gusta el jugo de ratas muertas. ¿No tiene algo mejor?

Roddy no pareció enojarse y eligió otra botella. Hawkins paladeó su contenido y chasqueó la lengua apreciativamente.

—Esto ya sabe mejor —dijo—. Amigo, ¿quiere ganarse cincuenta «pavos»?

Roddy arqueó las cejas:

—Está de broma —gruñó.

Hawkins enseñó un abanico de cinco billetes.

—Hablo en serio —contestó.

—¿De qué se trata?

—Un tal Stu Willis ha venido aquí en dos ocasiones. Tenía que recoger un sobre cada vez. Usted se los entregó.

—Sí. A veces, me encargan cosas por el estilo. No tiene nada de malo, supongo.

—En efecto, no tiene nada de malo. Roddy, ¿quién trajo los sobres?

—Ah, eso es lo que quiere saber.

—Exacto.

La mano de Roddy se disparó hacia los billetes.

—No le conozco, pero puedo darle una descripción —manifestó.

—Adelante, Roddy.

—Cada vez ha venido un tipo distinto. En la primera ocasión, no me fijé; el nombre de Willis era nuevo para mí. La segunda vez era un tipo bajo, ligeramente cojo, de unos cuarenta años. No le miré mucho la cara, pero pude darme cuenta que es de esos tipos que tienen que afeitarse tres o cuatro veces por día.

Hawkins sonrió.

—Roddy, ¿le han pegado alguna vez un tiro en la entrepierna?

El barman se sobresaltó.

—¿Qué está diciendo?

—Eso es lo que puede ocurrirle, si abre la boca. No se lo diga ni siquiera a su hermano gemelo y podrá seguir disfrutando de los encantos de las mujeres. ¿Entendido?

Roddy asintió, muy pálido. Hawkins puso un billete de diez dólares sobre el mostrador.

—Guárdese la vuelta y recuerde mi consejo —se despidió.

Al dar la vuelta, tendió la mirada a su alrededor. Nancy había desaparecido. «A ver si le sonsaca algo a Beck», deseó fervientemente.

Leía el diario, de pie en el salón, procurando enterarse de los detalles del extraño suceso ocurrido la víspera. Un hombre llamado Stu Willis había sido encontrado muerto en su coche, frente a un conocido restaurante. Nadie había oído el disparo fatal, que había puesto término a su vida, ya que el arma empleada disponía de

silenciador.

La policía se inclinaba por la tesis del suicidio. Hawkins se dijo que alguien estaría dándose a todos los diablos en aquellos momentos.

Theda entró y Hawkins levantó los ojos de las páginas impresas.

—Dispénsame —rogó la muchacha—. Pasé mala noche y me dormí a hora muy avanzada...

—¿Preocupada?

—Un poco. Lógico, ¿no?

—Desde luego —Hawkins se quitó las gafas de lectura—. Se cree que Willis se suicidó —agregó.

—¿Todavía no saben que es el asesino de Larkin y de Mount?

—Por lo visto, llevaba otra pistola. Pero, sin duda, harán un registro de rutina en la casa donde vivía, y encontrarán el arma que usó para cometer las dos muertes. De todas formas, eso nos importa poco ahora.

—¿Por qué, Bruce?

—Era un asesino profesional. Nos interesa encontrar a la persona que le pagó.

—Pero no tenemos ninguna pista...

—Te equivocas. Anoche me describieron al hombre que le entregó los «honorarios» por el segundo asesinato. No sé quién es, pero voy a empezar las gestiones para localizarlo.

—¿Qué harás, Bruce?

—Interesar a alguien para que intente identificar al mensajero. La descripción que me dieron puede ser decisiva.

El teléfono sonó en aquel momento. Theda fue a levantar lo, pero Hawkins se le adelantó.

—Dispensa, creo que es para mí —dijo.

Miró a la muchacha y sonrió.

—Me permití indicar tu número de teléfono, para el caso de que alguien tuviera que comunicarme una noticia importante —explicó—. Soy Hawkins —exclamó.

—Hola, Bruce —sonó la voz de Nancy—. Estuve con Raddo.

—¿Y...?

—No se mostró muy explícito, la verdad. Creo que necesitare otra «sesión» para ablandarlo.

—Lo dejo a tu... experiencia. ¿Qué has averiguado?

—Nick era un tipo digamos inseguro. Además, estaban pensando ya en echarlo de la sociedad. Por eso le dieron sólo la mitad de lo que le hubiera correspondido en un reparto equitativo.

—Eran cuatro, por tanto, tocaban a siete mil quinientos cada uno.

—A él le dieron sólo tres mil. Los otros se repartieron cuatro mil quinientos más. Mount estaba que echaba chispas.

—Ya se apagó su fuego. Bueno, ahora quiero que me hagas un favor, Nancy.

—Sí, Bruce, lo que quieras.

—Es bajo, fornido, algo cojo y se afeita un par de veces al día. Bueno tiene la barba que parece azul.

Nancy soltó una risotada.

—Comprendo. Desnudo parecerá un oso.

—Sí, supongo.

—No lo conozco, pero trataré de saber quién es.

—Gracias. Nancy, no lo olvides: la prudencia es esencial.

—No me descuido un solo instante. Adiós, Bruce.

Hawkins colgó el teléfono, miró a la muchacha y sonrió.

—«Barba Azul» es la pista que conseguí anoche —dijo.

—¿Interesante?

—Es el hombre que llevaba el dinero al asesino profesional.

Los ojos de la muchacha expresaban admiración.

—Bruce, pareces un detective de película. ¡Qué manera de averiguar las cosas! —exclamó.

—Basta usar un poco el sentido común —respondió Hawkins—. Bien, según quedamos anoche, debíamos visitar a Holman. ¿Estás dispuesta?

—Por completo. Hablaremos con Holman, pero con la condición de que me dejes intervenir de cuando en cuando.

—Las restricciones, en todo caso, dependerán de Holman y de lo que tengo que ocultar —dijo el joven.

CAPÍTULO VII

Era delgado, de metro noventa de estatura, casi completamente calvo y con lentes de cerco de acero, detrás de los cuales ludan unos ojos de búho, pero que no tenían nada de torpes. Debía de andar por los cincuenta y cinco años y Hawkins calculó que Farrington S. Holman debía de ser un sujeto muy difícil de pelar.

—No esperaba su visita, Theda —dijo Holman, después de los primeros saludos—. Sinceramente, no esperaba volver, a oír nunca el apellido Gulden.

—Tal vez porque no guarda ningún buen recuerdo para usted —contestó ella con todo desparpajo.

—Ninguno, a decir verdad. Y tampoco puedo afirmar que sintiera mucho la muerte de su padre. Ya ve que soy franco.

—En tal caso, ¿por qué no nos cuenta los motivos que podía tener para querer asesinarlo? —terció Hawkins.

Holman se volvió hacia el joven.

—No soy el asesino —dijo—. Probé concluyentemente mi coartada.

—Según declaró a la policía, viajó a Dallas, Texas, y estuvo allí un par de días, hospedado en el hotel *Silver Country*.

—Los empleados del hotel corroboraron también mi declaración, lo mismo que los de la compañía aérea y algunos empleados del aeropuerto.

—Sí, pero lo que ninguno llegó a adivinar es que la persona que viajó a Dallas, bajo el nombre de Farrin, Holman era un doble que usted contrató para la ocasión.

Resulta que una vez en el *Silver Country* no salió de su habitación en aquellas cuarenta y ocho horas ni tampoco hizo una sola llamada telefónica, salvo a recepción, para pedir algo de bebida. Es muy extraño que un hombre de negocios que está de viaje no use pródigamente el teléfono, ¿verdad?

Holman se puso pálido.

—¿Cómo lo sabe? —gritó.

Hawkins sonrió.

—Lo he averiguado —dijo—. Pero es verdad. El hombre que viajó a Dallas fue otro. Un doble contratado, para ser más exactos. ¿Qué hizo, en realidad, durante aquellos dos días?

Holman volvió la vista.

—Podría comprometer a otra persona —rezongó.

—¿Un lío amoroso?

El silencio hizo saber a Hawkins lo acertado de su pregunta. Al cabo de unos segundos, Holman dijo:

—Ella está casada, pero no quiere divorciarse.

—Y recurren a los clásicos encuentros en ausencia del marido, ¿no?

—Sí. De haber declarado la verdad, ella, quizá, lo hubiese negado.

—Aclaremos una cosa —terció la muchacha—. Si envió a un doble a Dallas, quizá sabía ya que iban a matar a mi padre.

—No, en absoluto. El esposo de la dama en cuestión, me hacía vigilar. Él también tenía que salir de viaje, pero se hubiera quedado, si yo no hubiese simulado mi viaje a Dallas.

—Eso aclara su coartada falsa —dijo Hawkins—. Pero lo que ahora queremos saber es por qué pudo haber asesinado a Gulden.

Holman soltó una amarga risotada.

—Si hubiera sido posible matarlo y resucitarlo indefinidamente, se habría formado una cola de mil metros de largo para vengarse de aquel detestable sujeto —respondió mordazmente.

—Deje en paz los defectos de mi padre. No digo que no los tuviera, pero la gente tiende siempre a aumentar lo malo. ¿Qué hubo entre él y usted?

—Un negocio de casi medio millón. Gulden me lo birló con malas artes.

—¿Empleó asesinos? ¿Contrató a alborotadores profesionales para que le diesen una paliza, le incendiasen el local o arrojasen vitriolo a los papeles y utensilios? —preguntó Hawkins.

—No, pero...

—En resumidas cuentas, resultó ser más listo que usted.

—El propietario del negocio estaba ya decidido a tratar

conmigo. Gulden intervino y le amenazó con retirarle el aval para un préstamo que le había concedido el banco. Eso es inmoral...

—Depende del punto de vista. El dueño del negocio, si se hallaba en esas condiciones, debió haber hecho primero la oferta a Gulden. ¿O acaso le ofrecía usted una cantidad infinitamente superior?

Holman emitió un reniego a media voz.

—Hubiera sido mi salvación. Yo ya tenía otro comprador y esperaba ganarme medio millón en la operación. Al fracasar, me arruiné por completo. Eso sucedió hacia cuatro años. Aún no he podido recuperarme del todo.

Hawkins paseó la mirada por el lujoso despacho.

—Esto no indica precisamente ruina —dijo.

—He trabajado mucho. Recibo a clientes. No voy a instalarme en un cuarto de veinte dólares al mes y con cajones vacíos a modo de sillas.

—¿Incluye en los gastos generales el pago de los honorarios de un doble? —preguntó Theda con ironía.

Holman masculló algo entre dientes. Hawkins hizo una señal a la muchacha.

—Creo que ya hemos tenido bastante —dijo.

Theda se levantó. Holman pareció muy aliviado al ver que se disponían a marcharse.

—Insisto en que no tuve que ver nada con ese asesinato —dijo.

—Por casualidad, ¿se le ocurre algún nombre de entre los sospechosos que citaba Gulden en la carta?

—Tal vez Estelle Vinceton —repuso Holman.

—¿Qué le hace pensar en ella como culpable?

—Le aconsejo que hable con esa mujer, señor Hawkins. Lo entenderá mucho mejor que si se lo digo yo. Incluso podría pensar que son fantasías mías.

—Hablairemos con ella —dijo Hawkins.

—Creo que está fuera de la ciudad, aunque volverá pronto. Mañana o pasado, a lo sumo.

—Gracias por su consejo. ¿Vamos, Theda?

Abandonaron el despacho. Una vez dentro del coche, Theda hizo una pregunta:

—Bruce, ¿qué opinas de todo esto?

—¿Quieres saber cómo pienso?

—Te lo agradeceré.

—Bien, hasta ahora no es más que una especie de presentimiento, o quizá estimo que se trate de una posibilidad. Pero a veces me pregunto si el asesino no será al menos sospechoso.

—Y, ¿quién es el menos sospechoso, Bruce?

—Lógicamente, alguien que no se mencione en la carta.

—Ah, otra persona... ¿Se te ocurre algún nombre?

—No, en absoluto.

—Tal vez fue un asesino pagado...

—Hay asuntos que uno debe realizarlos personalmente, si no quiere exponerse a fallos que luego pueden volverse de un modo pernicioso. No, el que mató a tu padre lo hizo en persona, apretando él mismo el gatillo del arma.

Theda se relajó en el asiento.

—Pues no se me ocurre ningún nombre, la verdad —murmuró.

Hawkins hizo arrancar el coche.

—Ya saldrá —dijo—. Bien, hemos entrevistado a cuatro de los sospechosos y sólo quedan dos. Uno de ellos, la señora Vinceton, está fuera de la ciudad. Nos queda un tal Buster Bay.

—¿Quién es? No lo conozco...

Theda demostró que sabía algo más que freír carne y preparó una sabrosa ensalada, que encantó al joven. Cuando terminaron, buscó licores y preparó café.

—¿No tienes cigarros? —preguntó.

—No acostumbro, aunque ahora sí me fumaría uno muy a gusto —contestó él.

—Otro día será. Bruce, ahora que fracasó tu negocio con mi padre, ¿qué haces?

—Estaba pensando en desarrollarlo por mi cuenta. Si traté con tu padre, fue porque él tenía muchos conocimientos en el mundo de las finanzas.

—Yo también conozco a mucha gente. Quizá podría serte útil. Y, en caso necesario, podrías pedir asesoramiento jurídico a Jenkinson.

—Me lo pensaré —dijo el joven—. De todas formas, no me corre prisa y, además, es un asunto demasiado personal para que intervenga un número excesivo de personas.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Es una patente sobre componentes electrónicos. Algo nuevo, que puede dar grandes resultados. En todos los sentidos, práctico y... —Frotó el índice y el pulgar significativamente—. Lo entiendes, ¿verdad?

—Pero ya eres rico... Quiero decir que tenías un millón...

—Es cierto, aunque no te vayas a creer que lo heredé. Ese millón proviene de mis trabajos y de la cesión de otras patentes de menor importancia. Ésta, sin embargo, no la cederé a nadie.

—Eres una fuente continua de sorpresas. Ingeniero, inventor... detective por afición...

—No tanto por afición —corrigió él—. Di más bien por obligación.

—Bueno, la muerte de mi padre pudo alterar tus planes, pero no impedirlos de una forma absoluta.

—Según se mire, porque entregué a tus padres unos documentos muy importantes sobre la patente y no me gustaría que se hubiese perdido. Hablando sinceramente, no sé dónde están esos papeles.

Theda se mordió los labios.

—Buscaré por su despacho —dijo—. ¿Te parece bien?

—Si los encuentras, mi gratitud será eterna. Están en un gran sobre de color claro, con un epígrafe...

Hawkins se interrumpió. Acababan de llamar a la puerta.

—Continuaremos más tarde —dijo, a la vez que se ponía en pie.

Theda alargó la mano hacia el paquete de cigarrillos. Cuando se ponía uno en los labios, vio a Hawkins que retrocedía con las manos en alto.

Dos hombres entraron a renglón seguido, uno de ellos empuñando una pistola de pavorosas dimensiones. Asustada, Theda se puso en pie.

Aquellos individuos eran hampones, adivinó en el acto.

Sintió un escalofrío al pensar que pronto vería a Hawkins tendido en el suelo, inerte...

El segundo cerró la puerta de un taconazo. Luego se dirigió a su compañero.

—Vigila, Zake —dijo.

—Descuida.

Metió la mano en el interior de su chaqueta y sacó una delgada varilla, de unos treinta centímetros de longitud, forrada de cuero,

con la que se golpeó la palma de la otra mano.

—No lo tome como nada personal, señor Hawkins —dijo—. Simplemente, nos han pagado para que le demos una buena paliza.

—Parece que está metiendo las narices en asuntos que no le importan —añadió el hombre de la pistola.

—Perdón, caballeros —dijo el joven—. ¿Estoy equivocado si digo haber oído el nombre de Hawkins?

—Eso es lo que he dicho —contestó el hombre de la porra.

—Temo que se han equivocado. Yo no soy Hawkins.

—¿Cómo? Nos dieron esta dirección...

—El que les dio mis señas se equivocó, sin duda. Yo soy John Joseph Hawker. Ella es mi prometida, Annie Smith. He dicho Hawker y no Hawkins. Pregúntenle a ella si no me creen.

—Así es —confirmó la muchacha—. Él es quien ha dicho y no se ha llamado Hawkins en los días de su vida.

Los matones parecían desconcertados.

—Alguno ha metido la pata —gruñó el de la pistola.

—No me cabe duda, Reese —contestó su compinche—. Bien, en tal caso, tendrán que dispensarnos...

—Oh, no tienen por qué —sonrió el joven—. Al contrario, ha sido un placer conocerles. ¿No quieren tomar una copa? Annie, hermosa, anda, sírveles dos copas a estos caballeros.

Hubo un momento de silencio. Theda llenó dos copas y Hawkins salió a su encuentro para tomárselas. Luego se acercó a los hampones con la mejor de sus sonrisas.

El de la pistola alargó la mano izquierda. Entonces, Hawkins le arrojó el licor a los ojos. Al mismo tiempo, levantaba el pie derecho, clavándole el zapato en la entrepierna.

Se oyó un rugido. El pistolero se desplomó aullando. Su compinche levantó la varilla de acero. Hawkins repitió la operación con la otra copa. Luego, de un tirón, arrancó la varilla y golpeó el estómago de su dueño, quien se curvó hacia adelante, a la vez que emitía un gemido de agonía.

Instantes después, Hawkins tenía en su poder la pistola y la varilla.

—Recoge las copas, «Annie» —dijo alegremente.

CAPÍTULO VIII

Él matón de la pistola se había desvanecido. El otro, Zalee, se recobró mucho más pronto. Cuando pudo abrir los ojos, vio que Hawkins le apuntaba con la pistola de su compinche.

—Levántese, Zake.

El hombre obedeció.

—Oiga, no vinimos a liquidarlo...

—Eso no importa ahora. Lo único que quiero saber es el nombre de la persona que les pagó para que vinieran a apalearme.

Zake apretó los labios.

—De modo que es Hawkins —dijo.

—No debieron caer en una trampa tan burda —sonrió el joven—. Pero le he hecho una pregunta. Y me la va a contestar.

—¿Usted cree?

Hawkins hizo un gesto con el índice, curvado hacia sí.

—Venga, venga conmigo, Zake —dijo.

El sujeto obedeció. Hawkins le hizo situarse frente al cajón donde nadaban las pirañas.

—Meta ahí la mano —ordenó.

Zake obedeció. Instantáneamente, lanzó un chillido y sacó la mano, de la que brotaba un poco de sangre.

—¡Ese maldito pez me ha mordido! —gritó.

—Son pirañas —dijo el joven fríamente—. Estoy seguro de que ha visto alguna película, en la que se han tomado filmaciones de estos peces carnívoros, devorando a personas vivas o animales... Zalee, voy a darle un golpe en la cabeza y lo dejaré inconsciente. El cajón es lo suficientemente grande para contenerlo. Imagínese lo que pasará a continuación.

Zake estaba lívido. Sacó un pañuelo y se envolvió la mano herida.

—Oiga, usted no puede...

—¿De veras? —dijo Hawkins, riendo con fingida expresión de perversidad.

Él matón sudaba a chorros.

—No le conocemos... Sólo vino a buscarnos y nos pagó quinientos dólares a los dos para que le diéramos una buena...

—¿No dio su nombre?

—No, se lo juro.

—¿Cómo era el tipo?

Zake dio la descripción de «Barba Azul». Hawkins lo encontró lógico.

—Vamos a hacer un trato, Zake. Cuando vean a ese sujeto, le dicen que ejecutaron su orden. ¿Ha comprendido?

—Sí, sí... señor...

—Y no se preocupe. Puede que él me vea a mí, pero no sabrá que le hemos engañado. Ahora, recoja a su compinche y lárguense de aquí. Por supuesto, me quedo con la artillería.

Zake no intentó resistirse. Lanzó una mirada de aprensión al tanque de las pirañas y luego se alejó en busca de su compinche, que ya se levantaba torpemente.

Hawkins y la muchacha quedaron solos momentos después.

—¡Uf! —dijo ella—. He pasado un miedo espantoso...

—También yo —sonrió el joven.

—Pero supiste mantener la serenidad...

—Había que mantener la calma. Así pude engañarles, con tu ayuda, claro.

—Bruce, ¿es que nunca sabremos quién es «Barba Azul»?

—Una cosa parece segura: es el hombre de confianza del que ordenó los asesinatos. Y puede que éste sea también el que asesinó a tu padre. Pero ya lo averiguaremos, no te preocupes.

Hawkins fue al cuarto de baño y volvió a poco con un rollo de esparadrapo en las manos.

—Me pondré unos cuantos parches en la cara y también un cabestrillo para el brazo izquierdo —dijo—. Si «Barba Azul» tiene espías, creerá que sus dos matones han hecho lo que les ordenó.

—Tipo listo —sonrió Theda.

—Gracias, encanto. ¿Sabes? esto me dice una cosa. Están preocupados por mis acciones.

—Entonces, debes tener más cuidado que nunca, Bruce.

—Durante el día, tendré los ojos bien abiertos y, por la noche, dormiré con uno abierto y el otro cerrado —contestó Hawkins.

Buster Bay contó el último chiste, agradeció los aplausos de la concurrencia y se encaminó a su camerino. Cuando abrió la puerta, se encontró con dos desconocidos que le estaban aguardando.

—¿Qué desean? —preguntó.

El rostro de Hawkins estaba casi completamente cubierto de parches y su brazo izquierdo quedaba suspendido por un pañuelo negro. Theda vestía discretamente, aunque se había puesto unos lentes de color, para evitar ser reconocida por alguno de los asistentes al local.

—Me llamo Hawkins —dijo el joven—. Ella es Theda Gulden.

Bay apretó los labios.

—La hija adoptiva de Frank Gulden —murmuró.

—¿Lo sabía usted?

—Sí, aunque nunca tuve ocasión de verla. ¿Para qué han venido a verme? ¿Acaso sospechan que fui el asesino?

Bay usaba unas ropas estrambóticas y se sentó frente al tocador, para reparar el maquillaje de su rostro. Hawkins, que lo observaba atentamente, vio la cara de un hombre amargado, lleno de frustraciones y sin esperanzas para el futuro.

—Gulden le citó a usted en la carta que la policía encontró sobre su escritorio —dijo el joven.

—Pero tenía una coartada. Y lo probé concluyentemente —respondió el artista.

—Dijo a la policía que había pasado la noche en casa de una amiga.

—Ella lo corroboró.

—Porque es su amiga, pero no porque fuese verdad. En realidad, usted pasó la noche en otro sitio.

Bay le miró a través del espejo.

—¿En dónde, si se puede saber, tipo listo?

—Estuvo con dos hombres, estudiando los planes para asaltar la joyería de Hackellbaum y Compañía. El asalto se produjo, pero hubo un fallo y los ladrones fueron detenidos. Usted pudo escapar y corrió a casa de su amiga. Ella declaró en su favor, de modo que no le relacionaron ni con el robo ni con la muerte de Gulden.

Nervioso, el artista empezó a retocarse la cara con movimientos

muy rápidos.

—Sabe demasiado —gruñó.

—Es la verdad —contestó Hawkins, impasible.

—Bien, ¿y qué? El caso es que yo no maté a Gulden...

—La joyería asaltada está a doscientos metros escasos de la residencia de Gulden. Usted se reunió con sus compinches pasadas las once de la noche, ya que el golpe debía darse a las doce, como así sucedió. Tuvo tiempo, por tanto, de asesinar a Gulden y reunirse después con sus socios.

—Pero yo no lo maté...

—Sin embargo, tenía motivos para asesinarlo —intervino Theda. Bay se volvió hacia la muchacha.

—Sí, tenía motivos, y me alegré de que alguien le volase la cabeza. Usted no tuvo nada que ver con sus fechorías, pero debe saber que su padre adoptivo era una hiena y no merecía seguir viviendo.

—¿Qué le hizo, señor Bay? —preguntó Hawkins.

—Yo había progresado y estaba a punto de tener mi propio negocio. Gulden me hizo un préstamo. No se lo pude devolver a tiempo, aunque mis perspectivas eran inmejorables. Tenía cada día más público... y él me embargó el teatro, los equipajes, todo, absolutamente todo, y me puso de patitas en la calle. Le sobraba dinero. ¿Por qué no aguardó siquiera un par de meses más? ¿Por qué no se limitó a embargar la taquilla?

Hawkins sacó una libreta de su bolsillo.

—La verdad es que Gulden también tenía motivos para odiarlo —dijo.

—No, eso no es verdad...

—Gulden tenía una amante. Pensaba casarse con ella. Usted la engatusó y ella abandonó a Gulden. Su rencor, por tanto, estaba más que justificado.

—Vaya, eso no lo sabía yo —se sorprendió Theda.

—Hubieras tenido una madrastra... adoptiva. Era una excelente mujer, pero este individuo le llenó la cabeza de pájaros.

—¿Qué fue de ella, Bruce?

—Murió el año pasado. Oficialmente, se suicidó, pero... —Hawkins carraspeó, con la vista fija en Bay—. Habría mucho que decir acerca de ese suicidio —añadió.

Bay estaba lívido. De pronto, llamaron a la puerta.

—¡Al escenario! —gritó fuera un transpunte.

El artista se levantó velozmente.

Hawkins levantó la mano como para llamar la atención de Bay, pero el hombre salía ya disparado, como si le persiguiesen cien legiones de diablos. Theda se quedó desconcertada.

—¿Qué le pasa a ese hombre? —dijo.

—No tiene la conciencia muy tranquila —contestó el joven.

—¿Crees que pudo ser...?

—Posiblemente, no, aunque es muy posible que conozca la identidad del asesino de tu padre. Anda, vamos a la sala; escucharemos sus chistes y luego volveremos aquí, para insistir un poco sobre el tema.

Hawkins agarró a la muchacha por el brazo y la empujó suavemente fuera del camerino. Momentos después, estaban sentados a la mesa que habían tomado a su llegada.

Es escenario estaba completamente a oscuras, salvo la zona iluminada por el reflector que seguía puntualmente todos los movimientos del artista. Hawkins reconoció que Bay era un cómico excelente. Contaba unos chistes verdaderamente graciosos y el público estallaba en carcajadas cada vez que terminaba uno de sus breves chistes.

Además, hacía imitaciones de personajes famosos, más bien con los gestos y la voz, aunque a veces agregaba el toque de un detalle personal en la indumentaria, sin necesidad de cambiar de vestuario.

—Se comprende que estuviese furioso con tu padre. Pudo tener negocio propio y lo perdió.

—Tampoco él se portó demasiado bien que digamos, ¿verdad? —contestó la muchacha ácidamente.

En aquel momento, Bay estaba contando un chiste, cuyo protagonista era el presidente. Bay adoptó la expresión de un político que quiere convencer a su auditorio de que lo que piensa hacer es cierto. Levantó la mano derecha ostensible y luego, con dramático ademán, se golpeó el pecho, en la zona del corazón, como si quisiera demostrar la sinceridad de sus palabras. En aquel momento, se vio aparecer un agujerito en el dorso de la mano.

La boca del artista se torció en una horrible mueca. Hawkins frunció el ceño. De la garganta de Bay salían ahora sonidos

ininteligibles.

Súbitamente, Bay se arrodilló. La gente creyó que aquella acción formaba parte del número. Pero un segundo después, Bay se inclinó hacia adelante y su rostro chocó sordamente contra las tablas del escenario.

Alguien lanzó un grito. Las luces de la sala se encendieron. Un par de tramoyistas corrieron en auxilio del caído.

—Se ha desmayado —dijo Theda.

Hawkins frunció el ceño. Los empleados levantaban el cuerpo de Bay, cuyo brazo derecho pendía inerte, balanceándose con los movimientos de los hombres que lo transportaban en volandas. Hawkins pudo ver las gotas de sangre que se desprendían de aquella mano.

Bruscamente, uno de los tramoyistas lanzó un espantoso grito:

—¡Este hombre ha sido asesinado!

CAPÍTULO IX

El coche salía de la casa y su conductora, aunque frenó rápidamente, no pudo evitar que su morro alcanzase la parte posterior del automóvil que conducía Hawkins. El joven desvió su coche y se arrimó a la acera. Luego se apeó para contemplar los desperfectos.

La conductora se le acercó, roja de vergüenza.

—No sé cómo disculparme... Creo que no me di cuenta siquiera...

—No se preocupe, señora —sonrió Hawkins—. Es sólo una abolladura y el coche puede continuar perfectamente.

La mujer abrió su bolso y sacó una tarjeta.

—Aquí tiene, para la reclamación a la compañía de seguros —dijo—. Perdóneme, pero tengo prisa...

Ella se marchó. Hawkins quedó con la tarjeta en la mano, un tanto disgustado porque el coche era casi nuevo y no se sentía muy feliz al pensar que debería enviarlo al taller durante unos días.

De pronto, alguien llamó su atención:

—¿Le pasa algo, muchacho?

Hawkins se volvió. Parado a tres o cuatro metros de distancia, y todavía atravesado sobre la acera, se veía un gran coche negro, por cuya ventanilla posterior asomaba el rostro de una persona conocida.

—Ah, es usted, señor Upsall —sonrió el joven—. No, no me ocurre nada grave. Una mujer salía de su casa con demasiadas prisas y me pegó un golpe en la carrocería de mi coche.

Upsall sonrió.

—Suele suceder muy a menudo —dijo—. En fin, celebro que no haya sido nada.

—¿Vive usted aquí?

Upsall señaló con el pulgar la lujosa mansión que había a sus

espaldas.

—Ahí tiene su casa, amigo Hawkins —contestó orgullosamente.

—Muchas gracias. Me alegro de haberle saludado, señor Upsall.

—Ha sido un placer, muchacho. ¿Va a visitar a la señorita Cuiden?

—En efecto, así es.

—Dele mis saludos, por favor.

—Lo haré, señor.

Upsall agitó una mano y el chófer continuó su camino. Hawkins volvió a su coche. Antes de arrancar, lanzó una mirada al lujoso edificio que se divisaba al otro lado de un enorme seto, rodeado por unos cuantos árboles de frondosas copas.

—Vaya choza —murmuró.

Arrancó de nuevo y dobló en la primera esquina, a cincuenta metros de distancia. Rodó unos cien metros escasos, viró de nuevo a la derecha y se paró frente a la entrada del jardín de la casa donde vivía Theda.

La doncella le conocía ya y le hizo pasar inmediatamente al gabinete de trabajo. Theda estaba sentada tras la mesa y le dirigió una cálida sonrisa.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Eso mismo quiero saber yo de ti —sonrió Hawkins.

—Ya me he repuesto. Casi empiezo a acostumbrarme a las emociones fuertes.

—Eso no es conveniente. Indica una vida agitada en demasía. Las consecuencias no pueden ser buenas para la salud.

—Sí, pero estamos mezclados en ello contra nuestra voluntad. ¿Tenemos alguna culpa de que mi padre fuese asesinado?

—Alguien debe de pensar que nos convendría mucho quedarnos quietecitos —dijo Hawkins.

—No lo creo oportuno. ¿Y tú?

—Tampoco. ¿Qué estás haciendo, Theda?

—Busco unos papeles que te pertenecen. Hasta ahora, no he tenido ningún éxito.

—Estarán por alguna parte —Hawkins blandió el periódico que había traído consigo—. Habla del asesinato de Bay —añadió.

—¿Qué dice?

—El asesino disparó desde la cabina de luces. Dos hombres,

enmascarados, entraron y redujeron al operador, tapándole la boca con esparadrapo y dejándolo en un rincón atado de pies y manos.

—Pero se encendieron las luces de la sala.

—Desde la cabina sólo se manejan los focos dirigidos al escenario y algunas luces supletorias, claro está. El alumbrado general se conecta mediante un interruptor situado muy cerca del bar. Lo hizo el *maître*, cuando el tramoyista lanzó el primer grito.

—Nadie oyó el disparo —alegó Theda.

—El asesino usó un rifle con silenciador.

—Muy astuto. ¿No vio nada más el encargado de la cabina?

—Unas máscaras, guantes, monos de trabajo... Ni siquiera reconocería a su propia madre.

La doncella entró con servicio de café y lo dejó sobre una mesita. Hawkins llenó dos tazas y puso una en las manos de la muchacha.

—Bruce, es indudable que Bay sabía algo —dijo Theda, tras una pausa.

—Sí, seguro.

—Pero ¿qué sabía?

—Posiblemente, el nombre del asesino.

—¿Tú crees?

—Una vez, por lo menos, Bay estuvo mezclado en un asunto de robo, que no se llevó a cabo. Eso indica relaciones con la gente del hampa.

—Mi padre no se relacionaba con delincuentes, Bruce —protestó Theda enérgicamente.

—¿Puedes jurarlo sobre una Biblia?

Ella se agitó inquieta en el sillón.

—De todas formas, creo que puedo asegurar una cosa —dijo.

—¿Sí?

—Mi padre pudo ser malo, duro, rencoroso, vengativo... pero las seis personas citadas en su carta no eran mucho mejores. Ninguna de ellas está en condiciones de tirar la primera piedra.

—Creo que tienes razón —convino Hawkins pensativamente—. Y yo añadiré algo más: de todos ellos, tu padre resultó ser el más fuerte y el que llegó a mayor altura, sobresaliendo por encima de la mediocridad de los otros. Eso, a la larga, crea resentimientos, por un simple complejo de inferioridad y de ahí vienen los deseos de

venganza, no siempre reprimidos.

—¡Chico, qué bien hablas! —exclamó ella, admirada—. Pareces un psiquiatra de fama.

Hawkins sonrió.

—Es una explicación fácil de encontrar —respondió—. No tiene mérito alguno.

—A mí me parece que sí lo tiene. Pero ahora deberíamos pensar en lo que hemos de hacer. ¿Se te ha ocurrido algo, Bruce?

—Nos falta todavía interrogar a uno de los sospechosos. He llamado a su casa. La sirvienta me ha dicho que vendrá esta noche o mañana por la mañana.

—Será interesante oír a Estelle Vinceton —dijo Theda.

—Sí, eso mismo pienso yo.

El teléfono sonó repentinamente. Hawkins se apoderó del aparato antes de que pudiera hacerlo la muchacha.

—¿Diga?

—¿Bruce? Soy Nancy.

—Ah, hola... ¿Qué noticias hay?

Hawkins oyó un prolongado suspiro.

—Nada. Este menos que el otro —dijo la rubia.

—Lo siento.

—Hay que ser constante —rió Nancy—. Seguiré en la brecha.

—Cuidado con la artillería enemiga.

—Tengo buenas «defensas». Distraen al adversario.

—A pesar de todo, no te fíes.

—Descuida... Ah, olvidaba una cosa. No me lo dijo el tipo que estuvo jugando a las cartas con Larkin. Lo escuché en otro sitio y ni siquiera me lo comunicaron a mí. Eran dos tipos que hablaban de las cosas que están pasando en la ciudad.

—¿Decían algo interesante?

—Uno de ellos mencionó un pez gordo que estaba en apuros y que lo pasarla mal si se descubre el pastel.

—Debe de haber más de uno en esta situación —rió Hawkins.

—Sí, pero el caso es que mencionaron el nombre de Gulden.

—Ah, eso ya es otra cosa. ¿Conoces a los tipos?

—A uno de ellos, de vista solamente. Bueno, una o dos veces hemos cambiado algunas frases... Sé que se llama Benjy, o le llaman así, y el lugar donde le vi es el Sonny, en la calle Doce. No puedo

decirte más, Bruce.

—Ya has hecho bastante. Gracias, Nancy.

Hawkins colgó el teléfono y miró a la muchacha.

—Pasito a pasito, retazo a retaza se va componiendo el rompecabezas —sonrió.

—¿Te han dicho algo interesante?

—Creo que puede serlo —Hawkins se encaminó hacia la puerta—. Sigue buscando los documentos —se despidió.

El hombre que abrió la puerta tenía el pelo alborotado y los ojos cargados de sueño. El apartamento en que vivía olía desagradablemente.

Hawkins estudió unos instantes al sujeto que se había vestido apresuradamente. Saltaba a la vista que las finanzas del individuo no podían calificarse de prósperas.

—¿Benjy? —dijo el joven.

—Sí. Oiga, estoy «limpio», no he hecho nada...

Hawkins sonrió.

—No soy policía —contestó—. Pero puede elegir entre dos cosas. —Se tocó el costado izquierdo—. Aquí tengo una pistola —mintió.

Con la mano derecha, enseñó un abanico de cinco billetes.

—O esto —añadió.

Benjy entornó los ojos.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó.

—Creo que no deberíamos hablar en el pasillo —dijo Hawkins.

—Muy bien, entre.

Al fondo del apartamento sonó una voz de mujer:

—¡Eh, Benjy! ¿Quién está ahí contigo? ¿Por qué no te vuelves a la cama?

—¡Cállate, estúpida! Estoy hablando con un amigo —contestó el sujeto malhumoradamente—. Bueno, ¿qué quiere de mí?

—Una sola cosa. ¿Quién es el pez gordo que está en apuros, como consecuencia de la muerte de Frank Gulden?

Las cejas de Benjy se levantaron en el acto.

—Ah, pero ¿es que no lo sabe usted?

—No. Si lo supiera, no estaría aquí, Benjy. Y no me irá a decir que es algo del dominio público.

—Hombre, tanto como eso... —Benjy se echó a reír—. Pero se

comenta mucho en lo que algunos pedantes llamarían «círculos especializados».

—Tiene usted un singular sentido del humor —comentó Hawkins—. Y de una vez, ¿quién es el pez gordo?

—El abogado, hombre, ¿quién otro podía ser?

—¿Jenkinson?

—Claro.

—Pero ¿por qué?

Benjy soltó una risita burlona.

—Hombre de Dios, salta a la vista. Jenkinson metió las manos hasta los sobacos en el cofre de Gulden. Éste descubrió y... y...

—¿Lo asesinó?

—Ah, ya no sé tanto. A partir de cierto punto, la gente cierra la boca. Pero si parece ser verdad que Jenkinson hizo estragos en la fortuna del difunto.

Hawkins hizo un gesto con la cabeza.

—Gracias, Benjy.

Los cincuenta dólares cambiaron de mano.

—Oiga, todavía no sé quién es usted... —dijo el sujeto.

Hawkins se acercó y dijo algo al oído de Benjy. Este puso cara de asombro.

—¡No me diga! —exclamó.

—Sí. Los rusos andan detrás y, si lo descubren, su vida y la mía no valen un centavo. Cierre el pico, Benjy.

El hombre se santiguó precipitadamente.

—¡Jesús, en qué líos se mete uno sin saberlo! Descuide usted, seré mudo como una tumba...

Conteniendo la risa, Hawkins abandonó la casa. Al salir, respiró a pleno pulmón.

—Ni una guarida de lobos olería peor —dijo disgustadamente.

Buscó una cabina telefónica, llamó a Theda y le relató su entrevista con el hampón. Theda se sintió pasmada al conocer la noticia.

—Me parece increíble... Tantos años con mi padre...

—Creo que debemos aceptar la noticia como buena. Además, hay un detalle que lo corrobora, en mi opinión.

—¿Cuál, Bruce?

—¿Por qué Jenkinson no te ha hecho entrega todavía de los

documentos que te permitirían el pleno disfrute de los bienes que heredaste de tu padre?

—Es verdad. Han pasado más de dos meses y ya debería disponer de la cuenta corriente... ¡Ese miserable! —Se encrespó la muchacha repentinamente—. Me va a oír, Bruce, te lo aseguro.

—Calma, Theda, no hagas nada todavía. No dés a entender que conoces su infidelidad. Espera todavía un poco.

—¿Cuánto tiempo?

—El que necesito para conocer el nombre del asesino de tu padre y probar su culpabilidad sin ningún género de dudas —respondió Hawkins firmemente.

CAPÍTULO X

La mujer estaba vestida con ropa de calle y miró a Hawkins con ojos inquisitivos.

—¿Sí?

—¿Es usted Estelle Vinceton?

—No. Soy la sirvienta. La señora está...

—Anúncieme, por favor. Soy Bruce Hawkins —pidió el joven.

Ella entró taconeando vivamente en el apartamento y salió a los pocos momentos.

—La señora le recibirá enseguida —anunció—. Buenos días, señor.

Hawkins se quedó solo. Segundos después, oyó una voz en el fondo de la casa.

—¡Señor Hawkins, venga!

El joven avanzó, irresoluto. Ella le guió con la voz, hasta que llegó a la puerta del cuarto de baño.

—Entre, hombre, no sea tímido —dijo Estelle Vinceton.

Hawkins asomó la cabeza. Estelle estaba metida en la bañera situada a ras del suelo, y sus hombros desnudos asomaban entre las nubes de espuma. Era una mujer de poco más de treinta años, guapa y de ojos maliciosos.

—Es tal como me lo había imaginado —dijo ella.

Hawkins puso cara de asombro.

—¿Le hablaron de mí, señora?

—Sí, el propio Gulden. Dijo que era un hombre muy emprendedor, con un gran sentido de la justicia y que haría todos los posibles por casarlo con su hija adoptiva.

—Vaya, es una sorpresa... Él no me dijo nunca nada...

—Sin duda, quería observarle un poco más. Pero Frank era hombre que no solía equivocarse en sus juicios.

—Eso pude resultarle perjudicial, señora Vinceton.

Estelle movió una mano desdeñosamente.

—¿Lo dice porque citó mi nombre en su famosa carta? No haga caso, yo no tenía motivos para desear su muerte. Todo lo contrario. Me interesaba muchísimo que siguiera con vida.

—¿Por qué?

La mujer se puso en pie y, aunque tenía el cuerpo parcialmente cubierto de espuma, Hawkins pudo apreciar una figura enormemente atractiva.

—Míreme y comprenderá —rió—. ¿Quiere alargarme una toalla?

—Sí, desde luego.

Estelle salió del baño, se secó un poco y luego envolvió su cuerpo en la toalla. Metió los pies en unas zapatillas de felpa y agitó una mano.

—Venga y tomaremos una copa. A decir verdad, tenía ganas de hablar con usted, muchísimas ganas.

—Me deja usted sin respiración, señora —contestó Hawkins.

—Oh, llámeme Estelle. No gaste ceremonias conmigo.

Hawkins la siguió hasta el salón, en donde había una barra muy bien provista. Puso licor en dos vasos altos y entregó uno a su visitante.

—Gulden me pasaba un salario mensual —dijo, desenvueltamente—. Pero yo tengo mi propio negocio, ¿sabe?

—¿Qué negocio?

—Chicas. Esta casa es, digamos, una oficina de contratación. Yo conozco a un montón de chicas y las pongo en contacto con caballeros ansiosos de diversión. A veces, viajo con un grupo de «modelos» a una convención, como la noche en que murió el pobre Frank.

—Y, sin embargo, él la consideraba a usted como sospechosa.

Estelle asintió pensativamente.

—La semana anterior discutimos muy fuerte. Me pegó, aunque yo no me quedé con las manos quietas. Él amenazó con denunciarme a la Policía. Yo tenía una copa de más, lo admito. Me fui de la lengua y entonces le dije que si lo hacía, le pegaría cuatro tiros. Por eso debió de considerarme como sospechosa.

—¿No hubo reconciliación?

—Bueno... —Estelle remoloneó un tanto—. Yo pensaba en

disculparme y sé que él me llamó en una ocasión, aunque no estaba en casa. Ya no hubo tiempo para la reconciliación —añadió melancólicamente.

Hawkins pensó que las notas dejadas por Sharkey coincidían en lo sustancial con lo declarado por aquella mujer.

—Está bien, muchas gracias por todo.

—Busca al asesino, ¿verdad?

—Tengo interés en encontrarlo. La muerte de Gulden me causó un grave perjuicio.

—Ojalá consiga sus deseos, Bruce.

—Gracias.

Hawkins se encaminó hacia la puerta. Estelle le llamó de pronto.

—¡Eh, Bruce!

El joven se volvió. Ella sostenía ahora la toalla con las manos, suelta, aunque cubriéndola todavía por delante.

—¿Tiene mucha prisa?

Hawkins entendió en el acto el significado de la pregunta y sonrió.

—Hoy no puedo quedarme. Discúlpame, pero tengo mucho trabajo.

—Lástima —suspiró ella.

—Sí, es una lástima. Adiós, Estelle.

Salió de la casa y el ascensor le llevó a la planta baja. Cuando asomaba a la calle, vio a un tipo con mono de mecánico, inclinado sobre el motor de su coche.

Hawkins retrocedió en el acto. El sujeto estaba manipulando en el coche. ¿Acaso iba a ponerle una bomba?

Dejó pasar algunos minutos y luego, cuando vio que el individuo bajaba la tapa del motor, salió de la casa, siguiéndole hasta una furgoneta cercana. El hombre entró por un lado y Hawkins por el otro.

—¿Eh, qué hace aquí? —protestó el sujeto.

Hawkins tenía la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta.

—Has puesto algo en mi coche —dijo—. Si no lo quitas inmediatamente, considérate hombre muerto.

El rostro del supuesto mecánico se puso del color de la cera. Su nuez subió y bajó espasmódicamente.

—¿Qui... quién es usted? —preguntó.

—El dueño del coche en el que has estado manipulando. ¿Qué has puesto, una bomba?

—Sí —contestó el individuo con un hilo de voz.

—¿Cuántos cartuchos?

—Seis...

Hawkins sintió un escalofrío. La bomba podía haberle hecho volar en pedazos.

—¿Cuál es tu nombre? —inquirió.

—Emil... Emil Hall.

—Muy bien, Emil. Sólo faltan dos cosas. La primera de ellas es que me digas el nombre del individuo que te pagó para ponerme la bomba.

—Garran, es todo lo que sé. Vino a buscarme al taller y me trajo la dinamita y los cables... Yo, no quería... Pero estoy atrapado... Los prestamistas, ¿sabe? Garran me dio cien dólares y dijo que la deuda quedaría cancelada si yo...

—Entiendo. Bien, la segunda cosa es que vuelvas al coche y que quites la bomba. ¿Me has oído?

—Sí, señor.

Estaba acucillada, junto a un seto, limpiando de malas hierbas un macizo de flores, cuando oyó la voz de Hawkins.

—Una escena encantadora —dijo el joven alegremente—. La dueña de la casa, cuidando del jardín... ¿y esperando tal vez al príncipe azul?

Theda se irguió y le miró con ojos chispeantes.

—Toda mujer espera alguna vez a su príncipe azul —contestó.

—¿Podría serlo yo?

—Quizá, pero todavía es un poco pronto. Bruce, no he encontrado tus documentos.

—Ya aparecerán. De todas formas, el interés es relativo. Tengo copias y mis abogados están en contacto con la Oficina Federal de Patentes, para evitar que un aprovechado registre a su nombre lo que me pertenece legítima y exclusivamente.

—Bueno, siempre es un alivio... Eh —dijo ella de pronto—. ¿Qué es eso que llevas ahí?

Hawkins se echó a reír, a la vez que hacía saltar en el aire los cartuchos de explosivo.

—Dinamita —contestó.

Theda emitió un chillido de pánico.

—¡Cuidado! Puede explotar...

—No te preocupes, ya les quité los fulminantes. Pero fue cuestión de uno o dos minutos que mi coche volara por los aires. Conmigo dentro, naturalmente.

Ella palideció.

—¿E... es cierto...?

—Rigurosamente cierto —contestó Hawkins—. El tipo que quiso hacerme saltar por los aires, murió atropellado por un automóvil.

—¿Cómo?

—Alguien debía de estar aguardando en las inmediaciones el momento de la voladura. Sorprendí al dinamitero cuando ya subía a su furgoneta y le hice hablar. Entonces, le ordené que quitase los explosivos. Se apeó por el lado de la calzada y entonces vino un coche y lo envió al otro mundo.

—Una boca cerrada.

—Pero sin éxito.

—¿Habló?

—Me dio un nombre. Tendré que averiguar a quién corresponde. Entonces buscaré al tipo y...

Hawkins se calló de pronto, con la vista fija en el seto.

—Hay un agujero —exclamó.

—Oh, sí, hace tiempo. Lo hizo un perro que tuvimos y al que atropelló un camión. No he vuelto a tener perro; me dolió demasiado y... ¿Quieres tomar una taza de café?

—Theda, ¿eres siempre tan tacaña con tus visitantes?

—Hombre, si prefieres *whisky*...

—¡Tengo hambre!

Ella se echó a reír.

—Vamos —dijo, a la vez que se colgaba de su brazo—. Bruce, tu presupuesto de alimentación debe alcanzar cifras escalofrantes, ¿verdad?

—Soy joven, estoy sano de cuerpo y de mente y tengo el apetito propio de mi edad. Pero lo cierto es que desde esta mañana, no he probado bocado.

—Muy bien. ¿Qué te parecen unas costillas, con puré de patatas, guisantes, verdura y mantequilla, y luego un trozo de pastel de manzana que cubra el plato?

—Se me hace la boca agua —dijo Hawkins.

Entraron en la casa y Theda le sirvió un aperitivo, para que se entretuviese mientras preparaba la comida. Hawkins tomó unos sorbos, mientras reflexionaba sobre todo lo que había llegado a saber hasta el momento.

Theda volvió con la sonrisa en los labios.

—Dale quince minutos a la cocinera —pidió.

—Conforme. Ah, he hablado con la señora Vinceton.

—¿Qué conclusión has sacado, Bruce?

—Puede que me equivoque, pero cada vez pienso más en la teoría de la séptima persona, no mencionada en la carta.

—Es decir, alguien a quien no conocemos.

—O tal vez sí, lo conocemos, pero no podemos imaginarnos quién pueda ser.

—¿Llegaremos a saberlo?

—Tengo la seguridad de que acabaremos descubriendo al criminal —contestó él con acento de convicción.

—Y cuando eso suceda, ¿qué harás después?

—Oh, continuar con mi negocio... Quiero ponerlo en marcha, por dos razones...

El estridente sonido del teléfono que sonaba en aquel preciso instante, cortó las palabras de Hawkins. Theda estaba más cerca y levantó el aparato, que pasó al joven, después de escuchar unos segundos.

—Es para ti. Una mujer.

—Gracias. —Hawkins cogió el teléfono—. ¿Nancy?

—Sí. Bruce, ven a mi casa inmediatamente.

—¿Qué pasa?

—No hagas preguntas y ven. Es demasiado importante para decírtelo por teléfono. Precaución, ¿comprendes?

—Desde luego. Iré ahora mismo.

Hawkins colgó y miró a la muchacha.

—La comida tendrá que aguardar —dijo.

—Iré contigo...

—No —prohibió él tajantemente—. No quiero que te expongas a riesgos innecesarios. Vendré de nuevo en cuanto me sea posible.

—Ten mucho cuidado —aconsejó Theda cuando él ya salía disparado por la puerta.

CAPÍTULO XI

Cuando llegó a la puerta del apartamento de Nancy, creyó oír ruidos extraños al otro lado. Parecía como si la rubia estuviese disputando con alguien y no precisamente en términos muy amistosos.

Cauteloso, tanteó el pomo y halló que la puerta no tenía echado el seguro. Abrió un poco y oyó un terrible chasquido, seguido de un grito de dolor.

—¡Habla, perra! —rugió un hombre—. ¿Por qué andabas haciendo preguntas sobre mí? ¿Quién te ordenó que investigaras?

—No sé nada... Yo no he preguntado nada de ti, Ned...

Sonó otro golpe. Nancy lanzó un verdadero alarido de dolor.

Hawkins ya no lo dudó más. Terminó de abrir la puerta y vio una escena singular.

El hombre estaba de espaldas a él. Con la mano izquierda, agarraba los cabellos de Nancy, arrodillada en el suelo, mientras que con la derecha la golpeaba brutalmente. Nancy perdido casi el sentido y ya sólo emitía gemidos apenas audibles.

Hawkins sintió que el pecho se le inflaba de cólera. Nancy llevaba solamente unas bragas. La bata, hecha trizas, yacía en el suelo.

En silencio, cerró la puerta. Luego, de puntillas, se acercó al hombre y le tocó en un brazo.

—Eh, amigo.

El sujeto se volvió. Hawkins le asestó un venenoso puñetazo en la nariz.

Sonó un aullido. El hombre retrocedió, mientras Nancy caía inconscientemente al suelo. Hawkins volvió a atacar y golpeó unos labios, de los que brotó la sangre inmediatamente.

El hampón retrocedió con violencia y chocó contra la pared. Hawkins vio su cara y, en el acto, adivinó su identidad.

—«Barba Azul» —murmuró.

El otro sacó un pañuelo y se limpió un poco. Parecía como si se hubiese desmoralizado, pero, de súbito, emitió un bramido que tenía muy poco de humano y cargó con la cabeza agachada.

Hawkins saltó a un lado. Cuando el hampón pasaba junto a él, le asestó un terrible puñetazo en la oreja derecha.

Se oyó un terrible aullido. El hombre de la barba azulada rodó al suelo, pero se levantó en el acto, como impulsado por un muelle. Hawkins vio en sus ojos el ansia de matar.

—Voy a hacerte pedazos —amenazó el rufián.

Saltó hacia adelante, amagó con el puño izquierdo y disparó el derecho con todas sus fuerzas. El puño sólo encontró el vacío. Hawkins se había ladeado oportunamente y, a su vez, descargó un nuevo golpe contra el plexo solar de su antagonista.

«Barba Azul» abrió la boca, porque se había quedado sin aire instantáneamente. En aquel momento, sonó la voz de Nancy:

—Es... Garran...

Hawkins alzó las cejas.

—El tipo que pagó a Hall para que me pusiera seis cartuchos de dinamita en el coche —dijo.

Garran gruñó algo. De pronto, llevó la mano al interior de su chaqueta y sacó una pistola.

Hawkins fue más rápido. Con dedos de acero, atenazó la muñeca del matón, apretando hasta que oyó un ligero crujido de huesos.

Garran chilló de dolor. Con el rabillo del ojo, Hawkins vio que Nancy se arrastraba por el suelo, para apartarse de los contendientes.

El joven continuó haciendo presión. En la cara de Garran apareció una expresión de indescriptible sufrimiento.

—Ya... he soltado el arma... —jadeó.

—Pero eso no es bastante.

Súbitamente, hizo un veloz movimiento y Garran giró a su pesar. Hawkins continuaba apresando su brazo derecho y se lo retorció a la espalda.

Enloquecido por el dolor, Garran golpeó la pared con la palma de la mano izquierda.

—Basta... basta... —suplicó.

—Antes tienes que hablar, maldito bastardo —dijo el joven.

—Estuvo hablando con uno de los que jugaron a las cartas con Larkin. No podía sospechar que era amigo suyo —informó Nancy, mientras trataba de ponerse la bata hecha jirones.

—Será mejor que vayas al baño —aconsejó él.

—No lo pierdas de vista, Bruce.

—Maldita zorra... —barbotó Garran—. Te costará caro...

Hawkins se dio cuenta de que había aflojado la presión y apretó de nuevo.

—Por todos los diablos... ¿Es que no me va a soltar?

—Sí, cuando me digas quién es tu jefe, cuando me lo cuentes todo, todo, hasta el último detalle —contestó Hawkins con acento lleno de dureza. Y si insistes en callar, te romperé primero este brazo, y luego el otro y así hasta que sueltes todo lo que tienes dentro de tu maldita boca, ¿me has oído?

Hawkins hizo fuerza de nuevo y Garran aulló frenéticamente. Pero, al cabo de unos segundos, se doblaron sus rodillas y empezó a gemir.

—Basta... no siga... Hablaré... —dijo, sollozando abyectamente, derrotado por completo.

—Muy bien, empieza —ordenó el joven, sin soltar el brazo de su prisionero.

Cuando terminó Garran, lo dejó libre. El sujeto se levantó torpemente, volviéndose hacia Hawkins. El puño del joven se disparó con fuerza indescriptible. Garran abrió los brazos, cayó de espaldas y quedó tendido en el suelo sin conocimiento.

Hawkins se inclinó sobre él y le quitó una pistola que llevaba metida en el cinturón. La otra fue a parar de un puntapié hasta la pared opuesta.

—Cualquiera diría que ibas a la guerra —murmuró.

Nancy apareció en aquel momento, con evidentes señales de los golpes recibidos. Hawkins la miró con simpatía.

—Te pegó fuerte —dijo.

—El muy cerdo...

—Nancy, voy a darte un consejo. Mete algo de ropa en un maletín y lárgate unos días de la ciudad, pero ahora mismo. —Hawkins sacó unos cuantos billetes—. Por el momento, no tengo más, pero en cuanto llegues a lugar seguro, llámame y te enviaré lo que te prometí días atrás. Aquí no estás segura, ¿comprendes?

Ella asintió.

—No perderé más de diez minutos —contestó—. Pero ¿qué vas a hacer con este miserable?

—Eso queda de mi cuenta. Anda, date prisa.

Nancy estuvo lista muy pronto. Al salir, con el maletín en la mano, dirigió al joven una mirada melancólica.

—Es una lástima que...

Hawkins hizo un gesto de comprensión.

—Sí, Nancy, pero tienes que comprenderlo —dijo.

—Vivimos en mundos muy distintos —suspiró ella.

Hawkins se quedó solo. Luego miró al hampón, que continuaba inconsciente. Momentos después, levantaba el teléfono. Tenía que hacer una llamada.

Charles Jenkinson abrió la puerta del despacho y contempló a la pareja durante unos instantes.

—¿Era muy urgente, Theda?

—Sí, señor Jenkinson —contestó la muchacha—. Por eso le pedí que viniera a mi casa, una vez que hubiese terminado su trabajo en la oficina.

—¿Tiene que estar él delante? —preguntó el abogado, señalando a Hawkins, sentado en la mesa del despacho.

—Me lo ha pedido y yo confío en él —dijo Theda.

—Sí, señor Jenkinson —sonrió Hawkins—. Yo le pedí a ella que lo hiciese venir aquí. Gracias por haber acudido a la llamada. Y, para empezar, digamos a cuánto asciende la cantidad exacta que se ha embolsado ilegalmente, mediante sucios manejos y que forma parte de la herencia de Theda.

—¿Me está llamando ladrón? —dijo con aire ofendido.

—Vamos, vamos, no se haga de nuevas —dijo el joven con acento jovial—. Demasiado sabe que ha estado metiendo las manos en el cofre del difunto Gulden. ¿Es que en todo este tiempo, desde que murió su cliente, no ha sido capaz de poner los libros al día? El testamento estaba en regla. Theda debía de haber entrado en posesión de la herencia a las veinticuatro horas de declarada oficialmente la muerte del legatario. Y, caramba, han transcurrido ya casi tres meses. ¿Por qué tanto retraso?

—Es que... hay aspectos legales, de difícil resolución... Bueno, más que nada, es la burocracia lo que retrasa...

—Señor Jenkinson, lo primero que debe hacer es no tomarnos por tontos —cortó el joven secamente—. Usted debió haber hecho que Theda entrase en posesión de la herencia a las veinticuatro horas de la muerte de su padre. Los asuntos enrevesados, ya se habrían ido solucionando con el tiempo, pero es que ella no podía disponer ni de un solo centavo del dinero que había pertenecido a Gulden. ¿Cómo pensaba reponer ese dinero? ¿Apostando en los hipódromos? ¿En los casinos de juego?

Jenkinson se ahogaba y metió dos dedos por el cuello de la camisa.

—Si me permite que le explique...

—Lo único que le permito, en nombre de Theda, es que entregue inmediatamente cuanta documentación guarde con respecto a su difunto cliente y a ella misma. Del resto ya se ocuparán otros abogados de probada competencia y absoluta honestidad.

—Theda... —Jenkinson se volvió hacia la muchacha—. Tengo que explicarte... Toda la culpa no ha sido mía...

—Ya se lo explicará en otro momento —cortó Hawkins—. Ahora, vaya a aquel sillón, siéntese y guarde silencio hasta que se le permita hablar.

—Pero ¿qué pretende usted...?

—Haga lo que le ordeno. ¡Ahora, en el acto!

La voz de Hawkins impresionó al abogado. Rojo como un tomate maduro, Jenkinson fue al sillón, situado en un ángulo de la estancia, y se sentó, tembloroso y abatido.

En aquel instante, llamaron a la puerta. Theda fue a abrir.

—¿Cómo está, señora Calloway? —saludó.

Nita entró y miró perpleja a las personas que ya se hallaban en el despacho.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Por qué han tenido que citarme aquí y a estas horas?

—Siéntese, señora Calloway —rogó el joven—. Pronto tendrá usted ocasión de oír la respuesta a sus preguntas.

—Muy bien —contestó la mujer con aire indiferente—. Pero si se trata de una broma...

—No puede ser broma un asunto que ha costado ya varias vidas humanas —dijo Hawkins muy serio.

Ruppelt llegó un minuto más tarde.

—¿Reparten la herencia del viejo zorro de Cuiden? —preguntó, sarcástico.

—No le vendría mal, ¿eh? —sonrió el joven.

Holman apareció casi a continuación del otro.

—No sé por qué diablos he venido aquí —farfulló—. Estoy completamente desligado del caso...

—Su presencia es necesaria —arguyó Hawkins.

—Al menos, podrían servir algo de beber —gruñó Ruppelt.

—El alcohol está proscrito en esta reunión... Ah, la señora Vinceton —exclamó el joven de pronto.

Estelle hizo una espectacular aparición, envuelta en perfume y con un traje cuyo escote le llegaba hasta la cintura. En el hueco del brazo izquierdo sostenía una estola de zorro plateado.

—¿Un juicio contra el asesino? —preguntó, desenvuelta.

—Ninguno de nosotros lo somos —dijo Holman.

—Hable por usted solamente. No sabe lo que hicieron los otros el día en que murió Gulden —rezongó Ruppelt.

—Por eso pienso que el asesino pudo ser usted...

—¡Silencio! —cortó Hawkins—. Estamos aquí para tratar de poner las cosas en claro. Y seré muy breve, por lo que podrán marcharse dentro de pocos minutos. Pero, de momento, quiero que sepan que todos ustedes, a pesar de sus falsas coartadas, son inocentes de la muerte de Gulden. Perdón, Estelle; su coartada es la única verídica.

Estelle estaba sentada, con las piernas cruzadas, enseñando el arranque de las ligas, con un cigarrillo en los labios.

—Gracias por el buen concepto que tiene de mí. Bruce.

—Yo siempre pienso bien de las personas que dicen la verdad —contestó el joven alegremente—. Y ahora, si me permiten, empezaremos la sesión. Ah, un dato que hemos de tener en cuenta es que todos los presentes tienen alguna relación con una persona que en estos momentos no se halla en este despacho.

—¿De quién está hablando? —preguntó Holman belicosamente.

—Todo a su tiempo, amigo. Todo llegará... incluso el nombre del asesino de Gulden. Mientras, permítanme que les diga que habrán de rectificar sus declaraciones ante la policía. Esta vez no habrá evasivas ni mentiras. Deberán decir la verdad, cueste lo que cueste.

—¿Por qué? —exclamó Ruppelt.

—Por la sencilla razón de que todos conocían la identidad del asesino y prefirieron callar. No mataron a Gulden ni, legalmente, son cómplices de ese asesinato, pero moralmente, lo son, porque su odio hacia el muerto les impidió acudir a la justicia, como hubiera sido su deber —contestó Hawkins con rotundo acento.

Estelle alzó la mano.

—¡Protesto! Yo no sé quién es el asesino. De haberlo sabido, ese canalla estaría ahora entre rejas.

—Si lo hubiera sabido, señora Vinceton, ahora estaría usted, probablemente, debajo de seis palmos de tierra. Pero todos los demás, es decir, los cinco sospechosos, conocían al asesino... y sólo tres callaron.

—Entonces. ¿Larkin y Bay...? —dijo Theda.

Hawkins hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, también lo sabían. Y fueron los únicos que se atrevieron a extorsionar al asesino, pidiéndole dinero por su silencio. Lo único que recibieron fue plomo, para que callaran definitivamente.

A decir verdad, por lo menos Larkin sí consiguió dinero. Fue la misma noche del crimen, durante aquellos treinta minutos en que abandonó la partida de juego. Pensé en más de una ocasión que había aprovechado ese espacio de tiempo para matar a Gulden, pero estaba equivocado. Lo único que hizo fue situarse en un lugar estratégico y presenciar el asesinato, sin ser visto. Larkin «sabía» que Gulden iba a morir y quería cerciorarse de que era cierto.

—¿Cómo lo supo. Bruce?

—Muy sencillo. El asesino le ordenó instalar una derivación de la línea telefónica de este despacho. Pero también hizo otra derivación para sí mismo y así, escuchando, supo que Gulden moriría aquella noche. Dejó la partida, vio el crimen y regresó a jugar de nuevo. Perdió bastante, firmó pagarés... y el asesino, por única vez, cedió al chantaje. Larkin necesitaba ese dinero para pagar a los que podían corroborar su coartada. Realmente, actuó de una forma estúpida, porque lo mismo se habría enterado al día siguiente por los periódicos. Por lo visto, era demasiado curioso... y demasiado ambicioso. Y cuando quiso conseguir más dinero, se encontró con unos cuantos balazos en el cuerpo.

—¿Y Bay? ¿También murió por lo mismo?

—Iba a proclamarlo públicamente aquella misma noche, como formando parte de un chiste de los que contaba en el escenario. Una bala de rifle evitó que el nombre del asesino fuese conocido por un par de cientos de personas.

—Pero ¿cómo has llegado a saber tantas cosas? —se asombró Theda.

Hawkins sonrió.

—He hablado con alguien que lo sabe todo —contestó—. Por cierto, el mismo que mató a Sharkey y el que disparó contra Mount y atropello a Emil Hall... y, en fin, usó un rifle contra Bay. Me lo dijo antes de morir.

Estelle se estremeció.

—¿Ha muerto el asesino? —exclamó.

—Si se refiere al de Gulden, no, pero sí su hombre de confianza, un tal Garran. Lo encontré cuando se disponía a matar a cierta persona que me conseguía informes. Le di una buena paliza y le obligué a hablar. Pero luego me descuidé un poco y sacó una pistola. Forcejamos, el arma se disparó y...

—Eso es un contratiempo —dijo Estelle—. La declaración de un muerto no sirve, si no hubo otros testigos.

—Ah, pero es que yo... —Hawkins le guiñó un ojo—, antes de la última pelea, le hice redactar una confesión, que firmó delante de la persona que me había conseguido informes y que ahora está fuera de la ciudad. Tengo esa confesión, con el nombre del asesino, escrito en letra perfectamente legible, y eso servirá para procesarlo primero y juzgarle después. La condena, como es de suponer, resulta inevitable.

—¿Quién es el asesino? —gritó Holman—. Díganos el nombre.

—No se haga el tonto. Lo sabe tan bien como yo, como los otros, como el abogado Jenkinson. Todos, excepto la señora Vinceton, lo sabían pero callaron. Admito que tuvieran razones para odiar a Gulden; sin embargo, ninguno de ustedes era mejor que él. Gulden fue más listo, más capaz y con mejores condiciones para triunfar en el mundo de los negocios, eso es todo.

Hawkins volvió los ojos hacia el abogado.

—Señor Jenkinson, mañana, a primera hora, irán mis abogados a su despacho y le exigirán la entrega de un sobre que contiene documentos que son de mi propiedad —dijo severamente—. Esos

abogados irán, además, acompañados de un censor jurado de cuentas, a fin de aclarar cuánto se ha embolsado usted y cuánto le queda a la señorita Gulden. Y mientras, al salir de aquí, se encontrará con un buen amigo que le escoltará permanentemente, para que no cometa la tontería de abandonar la ciudad. —Dio dos palmadas y sonrió—: ¡Señoras, caballeros, se levanta la sesión! Pueden marcharse.

—¿Eso es todo? —preguntó Estelle, atónita.

—Todo —contestó el joven, impasible.

—Pero... yo no sé aún quién es el asesino...

—Compre mañana los periódicos, señora Vinceton.

Jenkinson escapó como alma que lleva el diablo. Los de más huyeron no menos presurosamente. Estelle remoloneo un poco, miró a Hawkins primeramente, luego a la muchacha y, al fin, con un encogimiento de hombros, abandonó la estancia.

Entonces se produjo una pausa de silencio. Hawkins se acercó a una consola y llenó una copa.

—Estoy muerto de sed —dijo.

Theda le miró con curiosidad.

—Tengo la sospecha de que la sesión ha quedado incompleta —manifestó críticamente.

Hawkins contempló su copa al trasluz, tomó un sorbo y luego hizo un gesto afirmativo.

—La sesión ha sido suspendida para que los actores principales se tomen un ligero descanso —contestó.

El bastidor de la ventana que daba al jardín se alzó silenciosamente. Una sombra penetró en el despacho sin causar el menor ruido. Paso a paso, se acercó a la mesa y, tras encender una pequeña linterna, empezó a revolver los papeles que había encima.

Las luces se encendieron súbitamente. El intruso se irguió terriblemente sorprendido.

Hawkins sonrió.

—¿Qué ha venido a buscar, señor Upsall? ¿Tal vez la confesión de Garran?

Los ojos del individuo despedían chispas.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Dígame, ¿por qué mató a Gulden?

Hubo un momento de silencio.

—¿Podría probarlo? —preguntó Upsall al cabo.

—Bueno, la verdad es que usted ha resultado un poco anticuado. Encargó una derivación telefónica, cuando le escucha se puede hacer hoy día con diminutas emisoras de radio. Pero una emisora se puede localizar, mientras que una derivación, si no se conoce previamente, no se encuentra con tanta facilidad. Además, el hilo va por el suelo, a través del hueco que hay en el seto de separación de los dos jardines. Su propiedad y la de Gulden son colindantes, aunque se «dan la espalda», ya que las fachadas anteriores están orientadas a calles distintas, si bien paralelas. Así fue cómo pudo pasar para asesinar a Gulden, ¿no es cierto?

—No lo admitiré jamás —declaró Upsall.

—Pero lo mató.

—Sí, ¿y qué? Sería su palabra contra la mía, sobre todo si encuentro la confesión que le firmó ese imbécil de Garran.

—Su hombre de confianza, ¿verdad?

Upsall se estiró.

—Nunca tuve un hombre de confianza. Era el mejor, simplemente.

—Pero le ordenaba cometer asesinatos y Garran obedecía. ¿No temía que un día se fuese de la lengua?

—Guardo pruebas contra él de otras muertes. No habrían podido demostrar nada por las que cometió bajo mis órdenes, pero si podía enviarle a la cárcel para toda la vida y él sabía.

—En suma, chantaje.

Upsall rió agriamente.

—Hombre, también le pagaba un sueldo magnífico —contestó.

—Sí, el clásico ejemplo del palo y la zanahoria —dijo Hawkins plácidamente—. De modo que mató a Gulden... —No lo repetiré más— cortó Upsall. —Vamos, venga ese papel.

—Todavía no me ha dicho por qué cometió el asesinato. Upsall le miró fijamente.

—Tenía que matarlo —dijo con acento lleno de rabia—, pude entrar en su negocio. Él se negó. Yo le amenacé. Gulman se burló de mí y dijo que si intentaba algo, me enviaría a la cárcel.

—¿Por qué?

—Una vez le estafé cien mil dólares. Tenía pruebas.

—Y usted llegó a temer que las presentase a la policía.

—Sí —Upsall hizo un gesto de cansancio—. Había creado un imperio...

—Un imperio de vicio y corrupción —calificó el joven crudamente—. Goro Upsall, el zar del hampa, tratando de tomar parte en negocios honrados. Risible, si no se hubiese producido tantas muertes.

—¡Basta! —rugió el sujeto—. Quiero ese papel... ¡Ahora mismo! Démelo o le mataré...

Una pistola apareció súbitamente en la mano de Upsall.

—Tiene diez segundos para entregarme el documento —añadió ceñudamente.

—Lo siento, no hay tal documento. Garran vive y está en manos de la policía.

Los ojos de Upsall se dilataron increíblemente.

—Miente...

—Le digo la verdad. Sabía que usted estaría escuchando. Era la forma mejor de atraerle aquí y obligarle a confesar. Después de que Garran me contó todo lo que sabía, no voluntariamente, claro, yo llamé a la policía y se lo llevaron. Hice un arreglo con el oficial encargado del caso... y todo la que hemos hablado ha sido escuchado y debidamente grabado.

Upsall parecía haberse quedado sin aire. Abría y cerraba la boca convulsivamente, y daba la sensación de estar próximo a sufrir un ataque.

De repente, dio media vuelta y corrió hacia la ventana. Un chorro de luz le dio de lleno.

—¡Alto, no se mueva! —gritó alguien en el jardín.

Upsall disparó un par de veces. Fuera sonaron más detonaciones.

La mano de Upsall cayó laciamente. Vaciló un poco y, al fin, se venció hacia adelante y quedó doblado sobre el antepecho de la ventana.

Hawkins respiró profundamente. Abrió la puerta y miró a Theda, que aguardaba en el exterior.

La muchacha se veía pálida. Hawkins sonrió.

—Estoy perfectamente —dijo.

—Bueno, va a costar un poco desenmarañar tus asuntos. Jenkinson hizo juegos malabares con la documentación, pero todo se resolverá satisfactoriamente —dijo el joven a la mañana

siguiente.

—Nunca me imaginé que ese hombre... fuese un... un ladrón —murmuró Theda.

—Realmente, no tuvo nada que ver con la muerte de tu padre. Pero éste le vigilaba estrechamente y le exigía cuentas de cada centavo que gastaba. Cuando tu padre murió, vio el cielo abierto.

—Y ahora irá a parar a la cárcel, supongo.

—Ayudará a los encargados de la revisión de cuentas, lo cual puede suponerle benevolencia del tribunal. Quizá se libre con una sentencia en suspenso, pero no cabe duda de que está acabado.

—¿Y los demás?

Hawkins hizo un gesto de indiferencia.

—Seguirán su camino. No tenemos ya nada que ver con ellos.

—Bueno —dijo la muchacha—, has hecho una serie de gastos que deben alcanzar cifras exorbitantes. Al menos, me permitirás que te abone el dinero que has empleado en el caso.

—Nada de eso —rechazó él la oferta.

—No seas orgulloso. Te debo mucho...

—Bueno, si tanto insistes, permitiré que pagues la mitad.

—¿Y por qué no todo, Bruce?

—A fin de cuentas, yo he recobrado mis documentos y podré emprender el negocio que había pensado llevar a cabo con tu padre. También me interesaba saber quién era el asesino.

—Eso no tenía nada que ver con tu patente...

—No estemos tan seguros. Sospecho que Jenkinson iba a vendérsela a Upsall. De modo que yo también he salido beneficiado con la solución del caso.

—Muy bien —dijo la muchacha—. Admitámoslo. Has obtenido un beneficio de este asunto. Pero si no puedes emprender el negocio con el padre, ¿por qué no lo haces con la hija?

Hawkins alzó una ceja, con gesto inquisitivo.

—¿Quieres decir... que te gustaría asociarte conmigo?

—¿No te gustaría a ti?

—A mí lo que me agradaría de veras es otra clase de asociación.

—Todo es compatible. Bruce.

—Los negocios y el amor...

—No es cierto que deban separarse —sonrió Theda.

Hawkins se acercó a la muchacha y la abrazó.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —dijo—. Juntos para siempre en los negocios y en el amor.

—Sí, pero con la bendición de un sacerdote, Bruce.

—No pensaba pasar por alto tan importante trámite —aseguró Hawkins.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 50 PTAS.

